

TRAGICOMEDIA DE

DON DUARDOS

CARMEN MARTÍN GAITÉ
GIL VICENTE.

~~© 1912 by Gil Vicente~~

DRAMATIS PERSONAE

NARRADOR.

DON DUARDOS PRINCIPE DE INGLATERRA

CLODIO, SU ESCUDERO

INFANTA OLIMBA

BELAGRIS }
Y } HERMANOS DE OLIMBA
ROSDERIN }

PALMERIN DE COSTANTINOPLA

POLINARDA, SU ESPOSA

PRIMALEON }
Y } SUS HIJOS
FLERIDA }

JULIAN, HORTELANO

COSTANZA, SU ESPOSA

ARTADA }
Y } DONCELLAS DE FLERIDA
AMANDRIA }

CAMILOTE, CABALLERO GROTESCO

MAIMONDA, SU DAMA

Caballeros, ^{escuderos} y damas de la corte.

TRAGICOMEDIA DE DON DUARDOS

DE

GIL VICENTE

(21470 - 1536)

EN VERSION DE CARMEN MARTIN GAITE.

=====

C. MARTIN GAITE

(PARA LA PRESENTE VERSION, ~~EL DRAMATURGO~~ SE HA BASADO EN LA CONSULTA DE UNA NOVELA DE CABALLERIAS, EL "PRIMALEON", CUYA PRIMERA EDICION, FECHADA EN SALAMANCA EN 1512, SE CONSERVA EN LA SECCION DE RAROS DE LA B.N. DE MADRID. DE UN EPISODIO DE ESTA NOVELA, INTEGRANTE DEL SEGUNDO LIBRO DE LA FAMILIA DE LOS PALMERINES, PROCEDE ENTERAMENTE EL "DON DUARDOS", AUNQUE GIL VICENTE ABREVIÓ MUCHAS COSAS Y TERCIVERSÓ OTRAS. - ESTA DEFORMACIÓN POÉTICA DEL DRAMATURGO PORTUGUÉS NO AFECTÓ, EN SU TIEMPO, A LA CABAL COMPRESIÓN DEL TEXTO, YA QUE ALUDÍA A EPISODIOS DE UN LIBRO MUY POPULAR Y CONOCIDO POR TODOS. HOY, EN CAMBIO, SIN ACUDIR AL PRIMALEON PARA COMPLETAR EL "DON DUARDOS" ÉSTE, A PESAR DE SU GRAN BELLEZA LIRICA, RESULTA CONFUSO EN VARIOS TRAMOS.)

NARRADOR:

En tiempos del Emperador Palmerín de Constantinopla, célebre por sus hazañas caballerescas, el noble Nardides, duque de Ormedes, fué muerto por dicho Palmerín en un torneo celebrado en su palacio. Muy consternados se tornaron de Constantinopla a Ormedes los hombres del séquito de Nardides para llevar a su esposa, que estaba en días de parir, nuevas de la cruel malandanza. Y hubo tan gran pesar que luego le vinieron dolores de parto y parió una niña muy delicada, a la cual, por haber nacido en sazón de tanta tristura, bautizaron con el nombre de Gridonia, pues en aquella tierra dicen al llorar gridar. Y su madre y su abuela juraron no darla jamás en matrimonio sino a aquel caballero que vengare la muerte de su padre.

Fué creciendo Gridonia, y era de hermosura tanta que no se hablaba en aquellos contornos sino de ella con pasmo y maravilla. Esta fama llegó a oídos de Perequín de Duazos, hijo del rey de Polonia, quien ardió en ansias de conocerla y fué tan pagado de ella cuando la llegó a ver que empezó a amarla luego muy apasionadamente. También Gridonia le correspondía de corazón, aunque éste se le ensombrecía con malos presagios al considerar la peligrosa prueba que Perequín había de afrontar para llegar a ser su esposo, y bien se hubiera holgado ella, pues era de mansa condición, en dispensarle de tal prueba, pero su madre y su abuela no lo consentían.

Noticioso Perequín de unos torneos que había pregonado en Constantinopla Primaleón, hijo del emperador Palmerín, fué allá para cumplir la promesa solicitada, con tan mala ventura que Primaleón lo atravesó con su lanza y dió con el muerto en tierra. La noticia de este hecho endure

ció el corazón de Gridonia y, en medio de su congoja, - hizo juramento ante testigos de no casar con caballero - del mundo sino con aquel que le diese en arras la cabeza de Primaleón.

Y un día, estando apartada en el castillo de Rocapartida, el más fuerte del ducado de Ormedes, salió de la - montaña un león y Gridonia quedó tal como muerta por el - miedo, mas el león vino muy mansamente para ella, halagán - dola con la cola, y puso la cabeza en su regazo y comenzó a lamerle las manos, y Gridonia, de que tanta mansedumbre vió en el león, perdió gran parte del miedo y le acarició la melena y llevolo luego consigo al castillo y jamás de sus faldas se partía y ella misma le daba de comer, y este león, en adelante, con maravilla de todos, fué la guar - dia de Gridonia.

Sabed, por otra parte, que en aquel mismo tiempo rei - naba en Inglaterra el rey don Fadrique el cual hubo mu - chos hijos, y que el mayor de estos pasó en bondad a to - dos, así en caballería como en todas las artes y maneras que en un noble caballero debe haber. Este valiente prín - cipe había de nombre Don Duardos y como llegó a edad cum - plida ordenaba justas y torneos por usar las armas, y en - tre todos los caballeros de Inglaterra era el más loado, allende de ser el más presto en acometer cualquier hazaña y salir victorioso.

El rey padre de don Duardos era hombre que se pagaba de hacer grandes edificios, así de castillos como de otras extrañas labores, y entre todas mandó levantar a una jornada de Londres, en lugar muy deleitoso, unos ricos pala - cios donde el rey y la reina iban a holgar. Y entre to - dos los maestros que aquel lugar labraron y decoraron, -

-3-

había uno natural del ducado de Ormedes que había conocido a Gridonia, y la pintó tan propia y tan perfecta como si fuera viva en carne, con un león entre sus faldas y una de las manos puestas en la cabeza del león. Y Don Duardos que muchas veces iba a aquel lugar por andar de caza, un día vió la pintura de Gridonia y, maravillado extrañamente, llamó al pintor, el cual le dijo: "Esto que veis pintado, os juro por Dios que yo lo ví propiamente con mis ojos". Y de allí adelante, Don Duardos comenzó a mirar mucho aquella pintura, y decía: "Ay Gridonia, si solamente de ver tu figura pintada en un cuadro soy tan aquejado, que suerte me espera^{rá} cuando a ti misma te vea. Si las fieras salvajes se tornan mansas ante tu hermosura, cómo no reducirás a vasallaje a quien tiene sentidos y conocimiento".

Y andaba tan triste que perdía el comer y el dormir y dejaba la caza y apartabase de los caballos y de todo esparcimiento, que no oía cosa que le fuese de placer. Y aún sin estar seguro de sus sentimientos, ni de merecer a Gridonia, vino a pensar que si él hubiese nacido para amarla, le convenía, antes que ninguna cosa, llegarse a Costantinopla y combatir contra Primaleón.

Y así determinó probar fortuna y se puso en viaje, llevando por compañía a su escudero Clodio y a un hermoso can llamado Mayortes que Don Duardos mucho lo apreciaba y jamás lo apartaba de sí por las maravillas que en la caza hacía, así que había empezado a ser llamado por algunos "el Caballero del Can."

Saliendo del reino de Hungría, donde hizo frente a muy notables aventuras, anduvo cinco días y al sexto se perdió por unas grandes montañas, sin hallar lugar donde albergarse y se le hizo noche y allí había una casa de

tiempo antiguo que hicieronla pastores y en algunos lugares era caída y se entraron en ella. Y antes que Don Duardos se durmiese, vió aparecer dos ciervos muy hermosos, y parecíale que de sus ojos salía gran claridad.

Llegaronse al can Mayortes y cómo él los vió, levántose muy aprisa y se puso en medio de ellos y los tres salieron fuera. "Santa María me valga -dijo Don Duardos, - qué cosa tan extraña es ésta". Y tomando al caballo, cabalgó tras ellos por la montaña y Clodio tras él, más por mucho que se apresuraba de andar, no los alcanzaba, aunque llevábalos siempre a ojo y andaba muy sosegadamente y así cabalgó toda la noche. Y al llegar el alba, vió entrar al can y a los ciervos en una cueva cuya boca era pequeña. - Apeose prestamente, dió su caballo a Clodio y tomó su espada en la mano derecha por ir apercibido, y entró muy ligeramente en la cueva, más Clodio por mucho que hizo no pudo entrar. Y Don Duardos, al cabo de un trecho, salió a - unos palacios muy ricos donde había una huerta de todas maneras de frutas y caños de agua muy fría y en medio de la huerta vió un estrado, que lo cubría un paño de oro, en él estaba sentada una doncella muy hermosa y el can y los - ciervos estaban ante ella, y como ella vió a Don Duardos puso la mano derecha sobre un ciervo y la izquierda sobre el otro y los ciervos se tornaron en dos donceles gallardos ricamente guarnecidos.

ESCENA PRIMERA → (dos espacios)

(Don Duardos, Olimba, Mosderín y Belagrís)
— (dos espacios)

Palacio en el interior de la cueva. Para la decoración se seguirán las instrucciones facilitadas por el NARRADOR, tratando de acentuar el ambiente fantástico de la descripción. (dos espacios)

Al levantarse el telón, aparece, como en foto fija y bajo una luz muy estridente, la infanta OLIMBA entre sus ~~hermanos~~ ^{hermanos} MOSDERIN y BELAGRIS, que acaban de pasar del estado de ciervos al de personas. Esta súbita aparición viene precedida -casi inmediatamente- por un "¡OOOH!", que resuena aún en la oscuridad y que se supone emitido por Don Duardos.

La luz, centrada en el grupo de Olimba y sus hermanos, como para acentuar lo insólito del milagro, se va desplazando, ya algo atenuada, y enfoca la figura de DON DUARDOS, inmóvil a la entrada de la cueva, contemplando perplejo la escena que se ofrece ante sus ojos. Luego mira en torno, como si quisiera tomar contacto con la realidad. Da unos pasos a un ritmo onírico, vacilante. Olimba y sus hermanos siguen inmóviles, mirándole.

(Tres espacios)

DON DUARDOS.- (Tras una pausa avanza y va a postrarse a los pies de la infanta Olimba) Oh, señora, quien quiera que seais y sean cuales fueren los motivos que os trajeron a morar en este palacio enterrado, si por ventura cuanto acaban de contemplar mis ojos no fue vana ilusión de los sentidos y vos poseeis el don del habla, decidme, ¿habeis visto entrar aquí a un hermoso lebrél a quien llevo varias horas tratando de dar alcance y de cuya pérdida jamás me podría consolar?

OLIMBA.- Si, por cierto. (Volviendo la cabeza a sus espaldas en un giro solemne y armonioso) ¡Mayortes! Vuelve con tu dueño.

(Mayortes sale de detrás de las faldas de Olimba, donde se había escondido y acude junto a Don Duardos)

DON DUARDOS.- (Acariciándole) ¡Oh, Mayortes, al fin! ¿Te estoy - acariciando realmente? Creí que nunca volvería a ha cerlo, qué noche tan eterna.

OLIMBA.- Con la persecución se acrecienta el deseo, Don Duar dos.

DON DUARDOS.- ¿Cómo es posible que sepais mi nombre?

OLIMBA.- Hace largo tiempo que tanto mis hermanos como yo, aguardábamos vuestra venida. Me llamo la infanta - Olimba y ellos, Mosderín y Belagrís.

DON DUARDOS.- (Mirando fascinado a los hermanos de Olimba) Perdo nad, infanta, pero todo esto es en alto grado prodi gioso. ¿Decís que son vuestros hermanos?

OLIMBA.- Tal he dicho. Y sabed que no tomaron vuestro lebrél con intención de robároslo, sino como señuelo para conducirnos hasta aquí.

DON DUARDOS.- Comprended, os suplico, que no se funda en eso mi - extrañeza, ... sino en que antes ... (mirándolos y mirando a Mayortes) me pareció que ellos ... (Tran sición) ¡Oh, no ...!, tal vez fuera una alucinación mía, producida por el cansancio. (Se frota los ojos)

OLIMBA.- No lo fue, Don Duardos, Ellos salían todas las tar des a la montaña en figura de ciervos por ver de ha llaros, desde que el sabio Osmaguín, un caballero - de la corte de mi padre ... (Mira a Don Duardos y ve que se ha tendido en el suelo y, con la cabeza apo yada contra la mano y un codo sobre el lomo de Ma yortes, pugna en vano por mantener los párpados abier tos y seguir el discurso de Olimba sin dormirse.) - Pero es una historia larga de contar, y estareis fa tigado de la mala noche que habeis habido.

DON DUARDOS.- Lo estoy tanto que no alcanzo a distinguir la realidad del sueño ni se si es de hechicera o de mujer el rostro que me mira.

OLIMBA.- Descansareis aquí hasta la madrugada. Mis hermanos os ayudarán a desarmaros, si se lo permitís.

DON DUARDOS.- Haced de mí lo que queráis.

(Mosdarín y Belagrís, a un gesto de Olimba, se dirigen a Don Duardos y comienzan a quitarle la armadura, con movimientos rítmicos, expertos y un tanto maquinales. Tanto en sus ademanes como en la actitud sumisa y extenuada con que él se deja manejar, debe haber cierto juego mímico, a tono con lo irreal de la situación, fronteriza entre sueño y vigilia. Pien-
sese que Mosderín y Belagrís hasta ese momento han permanecido inmóviles como figuras de cera y que, durante toda la escena, no pronunciarán palabra, limitándose a ser meros comparsas de su hermana. Ella, en el entretanto, se ha puesto a preparar, en un estrado contiguo al suyo, un lecho con cojines. Cuando termina, viene hacia ellos. Mosderín y Belagrís ya han terminado su labor y permanecen a la expectativa, quietos, junto a Don Duardos, que, libre de su armadura, se ha dejado caer y yace sobre el suelo, con la cabeza sobre el lomo de Mayortes)

OLIMBA.- Salid a buscar a su escudero, que no pudo entrar. Y encargaos de asegurar los caballos.

(Mira a Don Duardos y ve que no se mueve. A ellos, que ya se disponen a obedecerla) Dormiremos unas horas y partiremos de madrugada. (Salen Mosderín y Belagrís. Olimba contempla en silencio a Don Duardos. Dulcemente) Vamos, Don Duardos.

DON DUARDOS.- (Medio dormido) Vamos... ¿adonde? (Se incorpora)

OLIMBA.- (Señalándole el estrado) Allí, a dormir un poco.

DON DUARDOS.- Estaba bien aquí, con Mayortes por almohada.

OLIMBA.- (Tomándole de la mano) Venid, en el estrado estareis mejor. (Llegan al estrado y le ayuda a tenderse sobre él. Don Duardos se deja ayudar con abandono voluptuoso. En este acompañar Olimba al lecho a Don Duardos tiene que haber algo solemne y ritual, tal vez marcado por una leve música de fondo. Le pone un cobertor sobre las piernas.) Así... ¿No estais mejor?

DON DUARDOS.- ¡Oh, sí, mejor imposible! (Mayortes se echa a sus pies)

OLIMBA.- Donde hay bueno, siempre cabe mejor. ¿Os gusta la música?

DON DUARDOS.- Es uno de mis ~~recitales~~ *delicites favoritos.*

OLIMBA.- Esperad, pues. (Va hacia un rincón y trae un laud. se sienta junto al estrado)

DON DUARDOS.- (Incorporándose) Eso no, sería yo quien tendría que tañer para vos, señora.

OLIMBA.- Callad, os lo ruego, estais cansado, olvidad toda preocupación.

(Don Duardos obedece, vuelve a su postura y ella le arregla un poco los pliegues del cobertor. Luego, lenta y dulcemente, empieza a tañer el instrumento. Al cabo cesa. Hay una pausa.)

DON DUARDOS.- ¿Quien os enseñó a tañer?

OLIMBA.- Aprendí de niña, en la corte de mi padre.

DON DUARDOS.- Lo haceis a maravilla. Continuad. Desde que mi madre me cantaba canciones para que me durmiera no había conocido un placer semejante.

(Olimba sigue tañendo, sin decir nada, don Duardos cierra los ojos y se queda dormido. Al cabo de un -

rato, Olimba cesa y deja el laud en el suelo. Se -
inclina a mirarlo.)

OLIMBA.-

(Bajito) Don Duardos. (El no contesta. Ella le con-
templa extasiada. La luz se va centrando en el ros-
tro dormido de Don Duardos.) ¡Oh, Dios, se diría que
sale resplandor de su rostro!

ESCENA SEGUNDA

(Olimba y Don Duardos)

El mismo escenario de la escena anterior. Amanece. Don Duardos está solo durmiendo, con Mayortes echado a sus pies. Entra Olimba y se queda dudando si despertarlo o no. Le toca en las ropas.

DON DUARDOS.- (Despertando muy agitado) ¡Ay, Santa María, valedme, que no reciba deshonra en la batalla contra Primaleón!

OLIMBA.- Mi buen señor, quejoso despertais. Sosegad. ¿Que habeis ~~soñado~~ soñado?

DON DUARDOS.- Soñé que me veía a las puertas de la ciudad de Constantinopla y hallaba una fiera que me saltaba al pecho y recibía una gran herida, en derecho al corazón que pensaba de morir.

OLIMBA.- Sabed que a los buenos caballeros les avienen extrañas aventuras.

DON DUARDOS.- (Frotándose los ojos) ¿Dónde estoy? ¿Cómo os llambais vos, dulce señora?

OLIMBA.- Olimba

DON DUARDOS.- (Acariciando la cabeza a Mayortes) Ah, si, ya recuerdo ... y ^{había unos} ~~vuestros~~ hermanos ... ~~vuestros~~ hermanos.. ^{<singular} y la historia de los ciervos ... Mas, ^{decidme} ¿por qué vivís en este lugar tan extraño?

OLIMBA.- Somos hijos del sultán de Niquea, de niños hubimos de huir de nuestra patria para librarnos de las iras de mi tío, que usurpó el señorío a mi padre y le mató a traición. Y un viejo caballero, gran sabedor de todas las artes, de nombre Osmaquín, nos guardó y trajo a este lugar escondido, y durante cuatro años no nos desamparó. Pero luego adoleció y, viendo la muerte cerca, nos dijo: "No desmayeis, tened

por cierto que vendrá por aquí un caballero de alta guisa, poneos bajo su amparo, lo conoceréis por un hermoso can con ~~tralla~~ ^{le acompaña} de oro que ~~trae consigo~~. Y dijo que él dejaba aparejada una barca cerca de aquí en que habríamos de escapar con vos, y que primero habíais de librar una muy esquivada batalla en Constantinopla.

DON DUARDOS.- (Impaciente) ¿Dijo qué tal me iría en ella?

OLIMBA.- (Con los ojos bajos) Dijo que de allí tornaríais herido de una herida de la que jamás habríais de curar.

DON DUARDOS.- (Tomándole las manos) ¿Os dais cuenta de que también en mi sueño ...? (Ella asiente) ¿Qué más os dijo?

OLIMBA.- (Entristecida) A mí me ^{encargó} ~~dió~~ que nunca me apartara de serviros, que ^{fuera} ~~para~~ vos ~~hacéis de~~ a manera de antorcha. "Pero dar luz consume ^{añadió} ~~algo~~ ^{luego} con voz débil-, las antorchas, Olimba, sólo pueden dar luz ^{a expensas de} ~~para~~ su cera." Y, de que dijo eso, expiró, con sus ojos fijos en los míos. (Se cubre el rostro y solloza.)

DON DUARDOS.- (Solicitó) No os aflijais, señora, por lo que más ameis.

OLIMBA.- A él amaba más que a nadie, desde que mi padre murió.

Vamos ...

DON DUARDOS.- (Dulcemente) ¿Qué será de mí si tan presto me retirarais vuestra luz? (Le aparta las manos de la cara y Olimba le sonríe entre las lágrimas) Vamos, ánimo.

OLIMBA.- ^{me volverá} ~~concederá~~ si lo teneis vos. (Se miran)

DON DUARDOS.- (Levantándose) Ya lo tengo. Olvidemos los malos presagios, y sigamos el rumbo de nuestra aventura con la esperanza de que, frente a los peligros que nos depare, se nos crecerá el corazón.

(Se pone la armadura) ¿Qué habrá sido de Clodio, mi escudero?

OLIMBA.- Está con mis hermanos. Han salido a aparejar los caballos, ~~que se pelean entre sí~~

DON DUARDOS.- Salgamos, pues, y pongámos en viaje, que ya amanece.

~~SEGUNDO PARLAMENTO DEL NARRADOR~~

=====

NARRADOR.

..... Salieron a la hora de vísperas. Don Duardos tomó a la infanta a las ancas del caballo. Mosderín, ^{< cabalgó en el} caballo de Clodio, con éste a las ancas, y Belagris y Mayortes a pie. Aquella noche durmieron en la montaña, que no llegaron a la mar, y la infanta llevaba aparejada cena y Don Duardos no durmió pensando en sus sueños y en las premoniciones de Osmaquín. Y cuando fué de día tornaron a cabalgar y anduvieron tanto que llegaron a la mar. Y entre unas grandes peñas, había un puerto pequeño, y allí hallaron aparejada y atada un arbol una gran barca y los infantes pidieron a Don Duardos que entrara en ella ^a sin recelo y él lo hizo, y en la barca había dos cámaras con ricos lechos y allí hallaron guarnición de armas y espadas muy ricas y ~~muertas~~ todas las cosas que les fueron menester. Y, aunque había cuatro años que la barca allí estaba, nunca la había visto persona, que el sabio Osmaquín había dejado en ella a buen recaudo todos los tesoros que trajo de la corte del sultán. Y Don Duardos armó caballeros, antes que partiesen, a Mosdarín y Belagris con unas armas negras y muy ricas, tras lo cual desataron la barca y, sin que viesan quien la remaba, comenzó a hacerse a la mar.

La infanta Olimba, durante el viaje, jamás se quitaba de hablar y servir a Don Duardos y su habla le confortaba el corazón. Y así anduvieron por la mar, sin les avenir cosa, hasta que fueron a la vista de Constantinopla, y el corazón se le estremeció a Don Duardos, y acordaron de desviarse de la ciudad y fuéronse a un puerto que estaba a legua y media de allí, un lugar pequeño de pobres pescadores.

ESCENA TERCERA

PUERTO DE PESCADORES CERCAÑO A CONSTANTINOPLA.

(DON DUARDOS, OLIMBA, CLODIO, MOS-
DERIN Y BELAGRIS)

DON DUARDOS.- Mis señores, primero de todo a mi me conviene ir a Con-
stantinopla a haber batalla con Primaleón. Y más tarde
trataré de ayudares en vuestro negocio.

MOSDERIN.- Decidnos, por vuestra fé, que insensato afán os lleva a
luchar con un príncipe tan afamado en el manejo de las
armas. ¿No temeís morir?.

DON DUARDOS.- He de vengar a mi señora Gridonia, aunque allá muriese.

OLIMBA.- Sólo no teme la muerte aquel que mucho ama.
(INQUIETA MIRANDOLE.) *(mínuscula)*

¿Amáis vos a Gridonia?. ¿La conocéis acaso?.

DON DUARDOS.- No alcancé a verla sino pintada en un retrato, más su
hermosura sin par me cautivó.

OLIMBA.- Gran trecho hay, mi señor, de lo pintado a lo vivo. No
queráis morir por una pintura cuando a tantas doncellas
de carne y hueso podríais servir y amparar.

MOSDERIN.- *(m.)* (AIRADO)
No te mezcles, Olimba, en los designios de tan ~~arrieso~~
arriesgado caballero.

DON DUARDOS.- *(dirigiéndose)* (ENTERNECIDO, A OLIMBA.)
Yo quedo agradecido, infanta Olimba, a vuestros pruden-
tes consejos, más excusadme si no puedo seguirlos. Os
juro que si escapase vivo, tornaré aquí a buscaros.

OLIMBA.- (LLORANDO.)
¡Ay mi señor, no plegue a Dios que tan cedo sea vuestra
muerte! Yo quedaré rogando que torneis presto y con gra
honra.

DON DUARDOS.- ¡Vuestros ruegos, mi señora, me serán preciosos!

(Mirándola con ternura) Os dejo a Mayortes, que no me conviene que reconozcan en mí al Caballero del Can. Vamos, secad esas lágrimas. ¿Me lo cuidareis?

OLIMBA.- Como si fueseis vos mismo.

DON DUARDOS.- (A los infantes) Quedaos con la infanta Olimba y guardadla, que ~~ella~~^{ella} es mi ~~hija~~^{hija}. Y Dios os guarde a los tres. Vamos, Clodio. (Va a salir). Belagris se aparta con Olimba y le dice algo muy apasionadamente. Ella echa a correr y detiene la salida de Don Duardos.)

OLIMBA.- Os ruego, señor, que permitais a mi hermano Belagris acompañaros, pues es valiente y arde en ansias de servir.

BELAGRIS.- (Se ha arrodillado a los pies de Don Duardos) No os pesará, señor.

DON DUARDOS.- Sea, alzaos del suelo y partamos ya sin más tardanza. (Salen)

ESCENA CUARTA

=====

~~TIENDA DEL EMPERADOR PALMERIN~~, (PALMERIN, DON DUARDOS, BELAGRIS Y CLODIO, ESCUDEROS Y NOBLES DEL SEQUITO DE PALMERIN.)

Tienda del Emperador Palmerin.

dos espacios →

Entran D. Duardos, Belagris y Clodio. Don Duardos pregunta algo al escudero, y este le señala a Palmerin, que se está paseando con otros nobles. Don Duardos avanza hacia él y Palmerin se vuelve al sentirle llegar. Quedan frente a frente.

DON DUARDOS.- ¿Sois vos el Emperador Palmerin?

PALMERIN.- Yo soy.

DON DUARDOS.- Vuestra sacra Majestad sea ensalzada tanto como es pregonada vuestra bondad.

(Mirando en torno)

¿Está aquí por ventura, entre estos caballeros vuestro hijo Primaleón?

PALMERIN.- ¿Por qué lo buskais?

DON DUARDOS.- Porque ante vos, que os preciais de mantener justicia, lo quiero yo desafiar.

PALMERIN.- ¿En nombre de qué agravio?

DON DUARDOS.- Del que infirió a la hermosa Gridonia, herida de la misma lanzada con que vuestro hijo mató a Perequin de Duardos. No es razón que tanto daño pase sin venganza.

PALMERIN.- ← (Airado)

→ A quienes tal venganza quisieran emprender, téngolos yo por locos.

DON DUARDOS.- No esperaba ~~tal~~ tal respuesta de un principe defensor de la justicia. Si Perequin no fué aún vengado, creed que es por falta de quienes no aman que resplandezca la verdad.

PALMERÍN: Arrojado sois, sin duda. Quiero yo ver si osais llevar a cabo lo que tantos esforzados caballeros no han conseguido. Recordad que mi hijo Primaleon es hoy tenido por flor y espejo de la caballería.

D:DUARDOS: Muy sonada es, en efecto, su fama. Mas ponedme frente a él, que en cuestión de armas, las palabras huelgan.

PALMERÍN: Lo mandaré llamar. (Se aparta y dá un recado a un escudero, que desaparece.)

(Don Duardos vuelve a reunirse con Clodio y Belagrís, y se pasean, aguardando, con muestras de impaciencia.)

ESCENA QUINTA.

Dichos más Primaleón y Flérída. A ésta siguen algunas damas de su séquito, entre ellas Amandria y Artada.

PRIMALEON, al entrar, trae por la mano a la infanta FLÉRIDA, su hermana, y vienen en alegre y cariñosa plática. Ella se aparta, al ver a su padre, y va a besarlo, seguida por sus damas AMANDRIA y ARTADA. Don Duardos, desde que la ha visto entrar, no aparta de ella unos ojos fascinados.

D:DUARDOS: (Aparte a Clodio) ~~Mmm~~ Dime, Clodio, ¿sabes acaso a qué nombre humano responde la celeste visión que mis ojos contemplan?

CLODIO: Dijeronme que es Flérída, la hermana bienamada de Primaleon.

D:DUARDOS. (Aparte) ¡Oh, cielos! ¿cómo osaré desafiar a quien lleva su sangre y es merecedor de su sonrisa?

PRIMALEON: (Acercándose) Amigo, ¿qué es lo que quereis de mí? Yo soy Primaleon, ¿y vps?

D:DUARDOS: Un caballero que viene a demandaros de una muerte cobarde, la de Perequín de Duazos.

PRIMALEON: Mil veces daría la muerte a quien dudara de mi valor, como él hizo aquel día y vos haceis ahora. Retractaos de vuestra ofensa.

D. DUARDOS: No haré tal, mientras por vuestra causa lloren los hermosos ojos de mi señora Gridonia.

(Palmerín, Flérida y otros caballeros se ha acercado, a punto de escuchar las últimas palabras de D. Duardos.)

PALMERÍN: (Interviniendo) ^{Decid,} ~~antes~~ antes de nada, quien sois, osado aventurero.

D. DUARDOS: (Altivo) Ello lo dirán con más verdad mis armas.

PRIMALEON: Batalla habreis, en cuanto sea yo armado, que no quiero más esperar. (Hace ademán de salir)

FLÉRIDA: (Interviniendo vivamente) ¡Válgame Santa María, qué desafíos tan sin razón! (Primaleón trata de apartarla, cogiéndola de un brazo, pero no logra que ella deje de hablar, vuelta hacia D. Duardos, mirándole)
¿Qué galardón esperais de luchar contra mi hermano sino morir vos mismo desgalaronado? (Lágrimas de enojo corren por su rostro y lo embellecen. Se miran unos instantes D. Duardos y ella. Luego Primaleon la lleva junto a su padre y sale, a pasos rápidos.)

Don Duardos se ha quedado petrificado y como ausente, sin apartar los ojos del lugar que ahora ocupa Flérida, entre sus damas, hablando con ellas, gesticulando.

CLODIO: (Reparando en la actitud de su amo) ¿Qué os sucede, mi señor?

D. DUARDOS: ¡Ay, Clodio, ~~es una~~ cosa terrible es sentirse ya fieramente herido, aún antes de haber empuñado las armas para entablar batalla.

~~CLODIO:~~ CLODIO: ¿De qué herida hablais?

D. DUARDOS: De la que me han causado los ojos de Flérida, que desde que los he visto llorar ya sólo ~~quiero~~ desearía ~~perder~~ ^{luchar por} ~~al servicio de~~ enjugar ~~estas~~ ^{estas} lágrimas.

CLODIO: Pensad, señor, en las de Gridonia.

D. DUARDOS: (Como para sí) Oh, si, es cierto, ...Gridonia.... Tan perdido de mí soy que la he puesto en olvido como si jamás hubiese mirado su retrato o lo viese entre nieblas. Pero, ¿sería acaso tan desatentada sinrazón abandonar ^{el servicio de las nieblas por la apetencia del sol que las disipa?}

BELAGRÍ'S: ¿Qué decís, Don Duardos? ¿Pensais, por ventura, excusar la batalla?

DON DUARDOS: No podría hacer tal, aunque quisiera, mas no sé tampoco si lo quiero, ni si quiero algo, que me he tornado repentinamente en hombre sin seso ni voluntad.

→ (AL DORSO) →

CLODIO: Volved en vos, mi señor, en nombre del cielo, que Primaleon ha ido a tomar sus armas y os conviene hacer acopio de entereza -

D. DUARDOS: ¡Ay Dios, ninguno que vive en la tierra puede huir a las extrañas órdenes de vuestra Providencia! En mi mano está darme por quitto de la lucha y disipar así el enojo de Flérida, mas ¿me conviene mostrar ante ella flaqueza y cobardía o, por el contrario, esfuerzo y ardimiento? Tan aquejado soy que no lo sé.

(Entra Primaleon, terminando de armarse. Se acerca al grupo que forman Flérida, su padre y los otros caballeros que han acudido. llega también la emperatriz POLINARDA.)

Palmerín: ¿Sabéis, hijo, qué caballero puede ser éste que tan fieramente os ha desafiado?

Primaleón: No lo sé, ni tampoco de donde venga, mas ya la sangre me arde por vengar su insolencia.

Palmerín: (Mirando hacia Don Duardos)
Mucho os encarezco, hijo, que sosegueis esos ardores. Habéis verosamente en el combate, que el extranjero que os ha desafiado no parece cobarde, por manera alguna, sino de gran arrojo -

SEXTA.
 ESCENA ~~QUINTA~~
 =====

(Mientras se preparan los caballeros para -
el torneo, se oye la voz del narrador.)

NARRADOR.- Se hizo un gran cerco ^{a manera de} ~~un~~ campo porque los caballeros -
 hubiesen su batalla en medio, Solamente dejaron abierto
 un espacio hacia la tienda del Emperador, porque éste con
 la Emperatriz Polinarda, la infanta Flérida y los nobles
 pudieran contemplar el torneo. Una vez preparados ambos
 caballeros, moviose la batalla del uno contra el otro al
 más correr de los caballos, con tan gran poder y furia -
 que no parecía sino que la tierra tamblaba. En uno de los
 embates cayeron ambos al mismo tiempo, y como cada uno tu
^{viera} ~~vo~~ vergüenza de haber caído, levantáronse aprisa, embraza
 zaron sus escudos y comenzáronse a herir de esquivos gol
 pes, que jamás ningún caballero había derribado a Prima
 león. Y todos decían espantados que nunca se viera un tor
 neo tan cruel y peligroso.

(Se hace una pequeña pausa en la lucha. Pri
 maleón se resiente y Don Duardos, al tiem
 po que le da un respiro, mira hacia Flérida
Hay un silencio.)

POLINARDA.- (A Palmerín, al ver malparado a su hijo.)
 ¡Ay, esposo mio, que mal tan grande!. ¿Habeis de consegir
 que venga a fin tan sañuda batalla?. Yo soy muerta, si -
 Primaleón muere.

FLERIDA.- Yo tambien lo sería, madre.

POLINARDA.- Os ruego, mi señor, que les ordeneis dejar suspenso el -
 torneo.

PALMERIN.- Lo haría sino me fuese de vergüenza, que todos pensarán -
 que lo hago por mi hijo. Vaya como mediadora nuestra Flé-
 rida.

POLINARDA.- Id, sí, hija mía, pedídselo de corazón y lo harán por vuestro ruego.

(Levantándose de su asiento.)

FLERIDA.- Con gran placer os obedezco, que me tiene ya a mí rasgadas las entrañas combate tan desproporcionado.

(Va hacia ellos cuando, tras un breve respiro, se disponen a reanudar la lucha.)

(Interponiéndose entre ellos.)

Deponed, caballeros, vuestro encono unos instantes y oidme, que os quiero pedir la merced de que hagais una cosa por mí.

(Don Duardos la mira con intensidad y depone las armas inmediatamente)

PRIMALEON.-

(Airado.)

Hermana, ¿Que quereis?. No os cureis de nuestra batalla, que yo quiero morir o matar a quien tanto agravio me ha hecho.

(Trata de continuar, pero Don Duardos no se mueve.)

FLERIDA.-

Señor, el corazón se me parte; ~~dejad~~ ^{dejad,} por mi amor ~~que me tiene~~ la lucha, que si este noble caballero os da por quito de la batalla, no teneis vos razón de continuar.

(A Don Duardos, arrodillándose ante él.)

Dadle por quito señor, por lo que mas ameis.

DON DUARDOS.-

(Alzándola.)

Nada amo tanto como abedeceros ~~tan pronto como~~ ^{un} ~~yo~~ y malandante sería sino escuchara ~~vuestra~~ ^{un} ruego. - *que parece formulado por voz de ángeles.*
En nombre ~~de~~ vuestros solos merecimientos me declaro vencido y doy a Primaleón toda la honra de la batalla.

PRIMALEON.-

(Sañudo)

Esta honra guardad para vos, que yo no la quiero pues no la he con derecho y sólo cuando os venciere de verdad la tomaré.

(Llegase a Don Duardos y le da un fuerte golpe que él recibe, sin ~~hacerle ni~~ alzar espada contra él. El Emperador se apresura a acercarse. Toma muy enojado a Primaleón por el brazo y trata de apartarlo de Don Duardos. Este y Flerida se miran intensamente.)

PALMERIN.-

(A Polinarda.)

Llamad a Flérída, esposa mía, que solo ella será capaz de hacer entrar en razón a su hermano.

POLINARDA.-

Venid, Flerida.

(Flerida está ~~absorta~~ ~~absorta~~ absorta, y no la oye)

PALMERIN.-

(A su hijo.)

En mal punto, Primaleón seais tan desmedido, ^{Como} ~~que no~~ ~~para no dar~~ ~~ais~~ oídos al ruego de vuestra hermana, cuando lo hizo un caballero desconocido, que nunca la vió sino ahora.

(Los cortesanos, que se han acercado detrás de Palmerín toman a Primaleón por fuerza, a un gesto de su padre. Lo llevan a la tienda y lo desarman, pero él se debate muy enojado. Polinarda va a abrazarlo y le explora la herida.)

PRIMALEON.-

Dejadme, que no quiero sanar de herida alguna, sino vencer a quien me ofendió.

(Tratan de meterlo en la tienda entre todos.)

FLERIDA.-

(A Don Duardos.)

Señor caballero, yo hallé tal medida en vos que siempre se me acordará. A Dios plega ^{depararme} ~~que~~ ~~os~~ ~~lo~~ ~~pueda~~ ~~pagar~~.

DON DUARDOS.-

Por bien pagado me doy, mi señora, con haber ~~borrado~~ ~~de~~ ~~compensación~~ ~~borrado~~ el enojo de vuestro bello rostro. Quedad adios.

(Se miran.)

FLERIDA.-

(A Don Duardos que hace ademán de irse.)

¿Os vais sin más descubrir?.

DON DUARDOS.-

Volveré, señora, si cobro fama primero y la oscura ^{acaba de entablarse} guerra que ~~lleva~~ en el alma me deja ~~con~~ ~~vida~~ ^{con vida}.

(Se va Don Duardos con Clodio y Belagrís.)

FLERIDA.-

(A Artada.)

No sé si hice bien dejándole ir, Artada, sin insistir en preguntarle su nombre.

ARTADA.-

Si no es el Doncel del Mar, debe ser Don Duardos, que nadie sino ^{uno de los dos} ~~ellos~~ podría responder a bondad tan extrema

FLERIDA

da. (Sotadora) *Habló de una guerra que lleva en el alma...*

POLINARDA.- Flérida, hija ...

(Se acerca.)

ARTADA.-

Vamos, señora, vuestra madre os llama.

(Se encaminan hacia allá. Primaleón ha lo grado desprenderse de los caballeros y habla aparte con uno de ellos, de nombre Purente. Miran hacia el lugar por donde se fué Don Duardos.)

PURENTE.- Creo que no lo habeis de hallar, por mucho trabajo que pongais en buscarlo.

PRIMALEON.- ¿Lo conoceis acaso?

PURENTE.- Oí decir que viene del reino de Hungría, donde hizo grandes cosas y que suele llevar consigo un can. Mas ahora debéis pensar en curar vuestra herida, que es lo que os importa.

PRIMALEON.- No me hableis de no hallarlo, que lo haré, aunque hubiera de perseguirlo por el mundo entero.

FLERIDA.-

(Acercándose con su madre.)

Vamos, entrad a descansar, aunque solo sea por no enojar más a nuestra madre.

(Primaleón se deja ceñir la cintura por Flerida y entre ella y Purente lo llevan casi desmayado.)

=====

NARRADOR.-

Durante toda la noche Primaleón no durmió, que el unguento que Flerida le aplicó a sus heridas de nada valía para curar la que Don Duardos había asestado a su orgullo.

Y a la mañana siguiente se levantó muy aína y tan recio como si no tuviera ningún mal y se armó de unas armas bermejas muy ricas que había mandado hacer y se salió de Constantinopla, tan alevosamente que ninguno lo sintió, y la mayor cuita que llevaba era que no sabía donde había ido el caballero del can y a todos cuantos hallaba preguntaba por él. Mas nadie le daba nuevas, ni le habían visto pasar por aquel camino, que eran otros vericuetos más escondidos los que siguió con Clodio y Belagrís para tornarse al puerto donde Mosderín y Olimba los esperaban.

Y de Primaleón nada mas volvemos a decir a lo largo de la presente historia, que ya es bastante tarea seguir las vicisitudes de la de Don Duardos.

SÉPTIMA.

ESCENA ~~QUINTA~~

=====

PUERTO DE PESCADORES. ANOCHECER.

(La Infanta Olimba sale de la barca y se pasea por la playa. Mira a lo lejos desvelada y con gesto de preocupación. Llegan cabalgando Belagrís, Clodio y Don Duardos. Desmontan, aun sin ser vistos - por Olimba y Clodio se queda atando los caballos a un árbol. Belagrís avanza, sujetando a Don Duardos que viene herido. De vez en cuando descansan.)

BELAGRIS.- Ya queda poco trecho, ¿os fatigais?.

DON DUARDOS.- (Como para sí.)

Otras son mis fatigas, que no las del viaje ni las del combate.

BELAGRIS.- Primaleón no os tenía punto de ventaja, fuisteis mesura do en exceso al abandonar el campo.

DON DUARDOS.- Flérida me venció, Belagrís, que no los duros golpes de su hermano.

OLIMBA.-

(Los ve llegar y sale corriendo gozosa a su encuentro. El gesto se le muda en angustia al percatarse del paso vacilante de Don Duardos.)

Albricias, mi señor, al fin llegais, decidme que tal venis, que no he logrado apartar un punto de vos el pensamiento. ¿Cómo os fué?

DON DUARDOS.-

Cuando Osmaquín os habló de la llaga cruel con que había de ser herido ~~de un golpe mortal~~ aún quedose corto en la verdad. *No hay curación posible para mí*

OLIMBA.-

(A Belagris.)

¿Lo ha herido Primaleón?

BELAGRIS.-

(Aparte a Olimba.)

Sí, pero más lo hirieron los ojos de su hermana, la princesa Flérida.

OLIMBA.-

(Como no queriendo admitir la noticia.)

¿Cómo puede ser? ... él amaba a Gridonia ...

(Belagris se encoge de hombros.)

Decidme, hermano, ¿es hermosa la princesa Flérida?

BELAGRIS.-

A su vista, las flores palidecen.

(Don Duardos se ha tendido en la arena, ensimismado, y con la cabeza apoyada en una roca se quedaba mirando al cielo ~~en~~ ~~trallado~~ *jado de estrellas.*)

DON DUARDOS.-

Ay, cuitado de mí, que una flecha de luz me entró por los ojos y me dió la muerte.

OLIMBA.-

(Arrodillándose a su lado.)

¿Que decís, mi señor?. ¿Os sentís mal?

DON DUARDOS.-

Permitidme, ^{dulce infanta,} ~~señor,~~ callar un trecho pues no se que os pueda decir de mi mismo, si las estrellas no me envían con su pálida luz algún claror para reflexionar.

OLIMBA.-

Os prepararé un rico lecho en la cubierta del barco, y desde allí también podreis contemplarlas.

DON DUARDOS.-

Dejadme, por piedad, yacer aquí mismo a solas con mi mal, y no os cureis, señora, ^{mas} de mí.

(Llega Clodio. Olimba se pone de pie y quedan los tres contemplando a Don Duardos yacente.)

OLIMBA.- Entremos en el barco, le traeré cojines y un cobertor y aquel unguento para las heridas que Osmaquín nos dejó.

(Al quedarse solo Don Duardos se oye un música de fondo.)

OCTAVA.
ESCENA ~~TERCERA~~
=====

PUERTO DE PESCADORES. AL DIA SIGUIENTE.

(Olimba y Don Duardos pasean por la playa. El, silencioso y preocupado.)

OLIMBA.- ¿Cuanto tiempo ha, señor que partísteis de Inglaterra?

DON DUARDOS.- No lo sé, porque en la cuenta de los tristes *de* amor, *a tiempo* siempre es tramposo; una noche en diez años se puede convertir.

OLIMBA.- (Suspirando.)

Decís gran verdad.

DON DUARDOS.- ¿Sabeis vos de amores?.

(Olimba no contesta nada, Se sienta en la playa, tratando de disimular su emoción, se pone a buscar caracoles y a hacer dibujos en la arena. Don Duardos se aleja paseando hacia la orilla del mar. Vuelve luego hasta ella, lentamente, abstraído ignorante totalmente de los sentimientos que la invaden, esta pausa ha de ser muy significativa y POETICA: Don Duardos se sienta, suspira, juega con la arena.)

OLIMBA.- ¿Habeis decidido volver a vuestra patria?.

DON DUARDOS.- Flérida es ya mi sola patria.

(Silencio. Olimba no contesta. Don Duardos la mira. Intrigado.)

¿Y en que pensais vos?.

OLIMBA.- En vuestra pena.

(No le mira)

Y en un remedio para los grandes amores que Osmaquín me confió.

DON DUARDOS.-

(Vehemente.)

¿Os dijo acaso, si habría yo de cobrar a aquella que -
tan fieramente me hirió?

OLIMBA.-

(Triste)

Algo me dijo ...

DON DUARDOS.- Hablad, por vuestra vida, ¿cómo alcanzaré el amor de
Flérida?.

OLIMBA.-

Con fatiga y tesón. Más vos sois tornadizo, Don Duar-
dos.

DON DUARDOS.-

(Arrebatado.)

No lo soy, infanta Olimba, ^{ya nunca lo seré.} ~~¿cómo quereis que os lo~~ -
pruebe?.

OLIMBA.-

(Triste, mirando nuevamente al suelo.)

A mi nada teneis que probar, por ^{des-}ventura, si no a ella
que tan altos merecimientos ~~tiene~~ tener.

^{¡oh!} DON DUARDOS.- 'Si vos la hubierais visto, jamás pondríais en duda ta-
les merecimientos ni la pasión que cobré, ni la guerra
que traigo conmigo.

OLIMBA.-

Pues si es tan grande vuestro ardor, sabed que nunca
lo mucho se alcanzó si ~~no~~ con sacrificio.

DON DUARDOS.-

(Impaciente)

A todos estoy dispuesto, hablad ya, infanta; por lo -
que más amais en este mundo,

(Olimba le mira intensamente)

... no me atormentéis.

OLIMBA.-

¿No es Flérida, señor, quien os atormenta? A mi me to-
ca ser la medicina de vuestra llega.

DON DUARDOS.-

(Cogiendole las manos)

Oh, sí, sois mi remedio, mi bálsamo, ¿Qué debo, pues,
hacer?.

OLIMBA.-

Os cumple mudar la vida y el nombre y el estado y el
vestido que hasta ahora llevasteis y por los que se os
conocía en el mundo, rebajaros a la condición de villa
no y vestido de toscos paños ir a trabajar en la ^{lucra} ~~lucra~~ta

de Flérida, que sólo ese sutil disfraz podrá ensalzarnos.

DON DUARDOS.-

(Desalentado)

Dura es la prueba, en verdad, pues aunque cobre ocasión de ver de nuevo a aquella que par no tiene, ¿creéis que tan alta doncella será capaz de amar a un humilde hortelano?.

OLIMBA.-

Bien podrá ser, si llevais en vuestro poder un talismán que Osmaquín me dejó para vos.

DON DUARDOS.- ¿Que talismán es ése?.

OLIMBA.-

Una copa de oro y piedras preciosas, con el pié hecho sobre huesos de corazón de ciervo. Si lograis que Flérida beba ~~agua~~ agua en ella, luego empezará a amaros, y con mayor ahinco cuantas más veces beba.

DON DUARDOS.-

(Le besa las manos)

Oh, qué gran bien me haceis, ¿cómo os lo pagaría?, mostradme presto esa copa y no me retireis vuestro amparo y consejo, que sin ellos nada soy ... pero ¿qué ven mis ojos?. ¿Estais llorando?.

OLIMBA.-

Sí, del gozo que me contagiáis con el fin de vuestra cuita.

(Se levanta)

Entrémonos en el barco, que os mostraré la copa y os explicaré las mañas que os conviene seguir para introducirnos en la huerta de Flérida y alcanzar vuestro intento.

(Salen)

NARRADOR.-

... Don Duardos, siguiendo los consejos de la infanta Olimba, se vistió de paños viles, más por viles que ellos eran no lograban encubrir la gran hermosura de quien así se disfrazaba. Y salió para Constantinopla llevando consigo varios tesoros, entre ellos la rica copa, y le dijo Olimba que otros tesoros y noticias le

iria enviando, mientras permaneciese en la huerta de Flérída, por mediación de un emisario que acudiría de noche a los muros de la huerta cuando todos durmiesen y le encareció que no decayese en su fé ni en el desig- nio de fingir humildad, y con dulces alientos le despi- dió.

Y Don Duardos, llegando a Constantinopla, desconocido, que persona en él no reparaba, se fué hasta el palacio de Palmerín y permaneció un trecho mirándolo desde fue- ra. Y la huerta que lo rodeaba la había hecho cercar el Emperador de muy alto muro y había labrado dentro de - ella caños de gran sutileza por donde venia agua fria y deleitosa a unas fuentes obradas y adornadas a mara- villa, y así mismo habia plantado arboles de las más ex- trañas especies que hacian un paraíso de aquel lugar y puso a su cuidado a un hortelano de nombre Julian a - quien hizo morada en la huerta para él y su mujer Cons- tanza, los cuales mucho se amaban entre sí. Y esta huer- ta estaba a poniente, en la parte a donde daba la cama- ra de la princesa Flérída y ella de continuo con sus - doncellas se salía a holgar muchas veces allí, cogían fruta de los arboles, platicaban y tañían arpas y psal- terios, que Flérída mucho amaba la música, aunque ha- cia dias estaba triste por la ausencia de Primaleón, de quien ninguna noticia se sabía.

NOVENA
ESCENA ~~QUINTA~~

=====

ATARDECER, INTERIOR Y EXTERIOR DE LA HUERTA.

(Dentro están Flérída, Amandria y Artada, conversando con Constanza. Se dirigen ha- cia el palacio.)

CONSTANZA.- ¿Ya os retirais, mi señora?

FLERIDA.- Sí, que hace un trecho se ocultó el sol y quiero acompañar a mi madre antes de la cena.

(Sale Julián con unos aperos de labranza y los deja en el suelo. Se limpia el sudor de la frente. En la parte exterior, Don Duardos, que ha arrimado el oído a la puerta, sin atreverse a llamar, trepa por la tapia y alcanza a ver a Flérída, que, al sonreír a Constanza, vuelve el rostro hacia el muro desde el que Don Duardos la contempla.)

DON DUARDOS.- (Bajándose de la tapia.)

¡Oh celeste visión, que por un instante pareció sonreírme!. No es el sol quien se ha ocultado, sino tu persona en cuya ausencia todo se vuelve penumbra.

(Se acerca vacilante hacia la puerta)

¿Me atreveré, cuitado de mí, a trasponer el umbral del paraíso?

(Llama debilmente con los nudillos, pero luego se retira acobardado y se apoya - contra el muro.)

Las fuerzas y la palabra me fallan.

(Constanza despide a Flérída y las infantas y se acerca a la puerta, junto a la cual está Julián.)

CONSTANZA.- Me pareció que alguno llamaba a la puerta.

JULIAN.- Yo nada oí, tan fatigado vengo.

CONSTANZA.- Benditas fatigas las que en tanta hermosura se tornan. ¿Visteis que ufano está el peral y qué floridos los membrillos?

JULIAN.- Más florida estais vos, que nada me dá tanto consuelo como miraros.

(Se besan. Constanza abre el portillo y asoma la cabeza, pero no vé a Don Duardos)

CONSTANZA.- Juraría que alguien llamó ¿quién pudo ser?

JULIAN.- Entrate y nada temas.

(La aparta)

Que ya voy yo a mirar.

(Sale y cierra la puerta. Constanza dentro, recoge los aperos. Julián, tras ex-
plorar unos instantes en torno suyo, -
descubre a Don Duardos apoyado contra -
el muro.)

¿Quien sois? (seguido)

¿Buscábais algo?

DON DUARDOS.- Sí, por ventura sois el hortelano del Emperador, a -
vos vengo buscando.

JULIAN.- Yo soy, Julian me llamo.

DON DUARDOS.- Pues una cosa os quería confiar que es para vuestro
gran provecho, si jurais no decirlo a nadie.

JULIAN.- No juraré nada hasta que no sepa si es cosa que pue-
do hacer sin mi deshonra.

DON DUARDOS.- Sabed, amigo, que en esta huerta hay un gran tesoro
enterrado en lugares escondidos por los Emperadores
Antiguos, y que yo aprendí este secreto de un hombre
muy sabio el cual me enseñó los conjuros con que lo
podremos ^{haber} muy ligeramente y si me tomais a vi-
vir en vuestra compañía. Yo os prometo ponerlo todo
en vuestras manos, cuando lo hallare, y que me deis
la parte que tengais a bien.

JULIAN.- (Pensativo)

Gran tentación es ésa para la codicia, que no hay po-
bre que no ^{sueñe con} ~~desee~~ ser rico. ¿No me ^{estareis} ~~os~~ engañando?

DON DUARDOS.- Jamás engañé a nadie, y ésa es mi sola hacienda, ~~mi~~
^{mi} palabra. ^{Pues sabed que el estado no da la buena}
~~ventura~~ ^{ventura, que el precio está en la persona.}

JULIAN.- ^(Paseándose la cabeza) ^{dejar} Aguardad un punto, que entre a consultarlo con Cons-
tanza Ruiz, mi mujer, pues yo sin su consejo nada ha-
go ni soy.

... Confuso me

(Se entra en la huerta y se le ve ha-
blando con Constanza y los gestos ad-
mirativos de ésta, aunque no se escu-
chan las razones del discurso.)

DON DUARDOS.- (Paseándose, al tiempo que empieza a -
caer la noche y se encienden las ven-
tanás de la cámara de Flérida.)

Huerta Bienaventurada,
Jardín de mi sepultura
dolorida,
temo y adoro la entrada,
aunque fuese sin ventura
la salida.

CONSTANZA.-

(Acercándose a la puerta y a punto de -
abrir-la.)

Nada perderemos por intentarlo, que si nos burlase, -
en nuestra mano está enviarle y quedaremos como antes,
no perdiendo nada.

(Julián hace señas a Don Duardos para que
entre.)

DÉCIMA
ESCENA ~~UNDA~~

=====

INTERIOR DE LA HUERTA.

JULIAN.- Esta es Constanza Ruiz, mi mujer.

DON DUARDOS.- Dios os guarde.

CONSTANZA.- ¿De donde venís?.

DON DUARDOS.- De Inglaterra.

CONSTANZA.- ¿Erais hortelano allá?

DON DUARDOS.- No, más quisiera aprender el oficio, si os dignais
aceptarme a vuestro servicio, que mi voluntad de apre-
nderlo es mucha, y no creo que os pese.

CONSTANZA.- Así lo quiera Dios. Quedaos unos días y haremos en-
tender a quien nos preguntase que sois ~~nuestro~~ ^{un} hijo
^{nuestro} que desde pequeño, se nos fué a tierras extrañas a
probar fortuna. Tal es el acuerdo que he tomado con
mi marido.

DON DUARDOS.- Lo habeis tomado según mi deseo y creedme que, aunque no sea vuestro hijo, me esforzaré por parecerlo y honraros en todo.

JULIAN.-

(A Constanza, aparte.)

¿Ves como no parecen ^{indiscretas} engañosas sus razones?
CONSTANZA.- No, sino por el contrario, muy discretas.
Quien sabe si Dios nos ha enviado un consuelo para nuestra vejez.

(A él)

Desde hoy, si os place, os llamareis Julián, como mi esposo.

DON DUARDOS.- Mucho me honra que me deis licencia para llevar tal nombre.

CONSTANZA.- Y ahora, hijo, entra a descansar.

DON DUARDOS.- Mejor me será dormir en la huerta para más pronto - comenzar ^{con mi labor,} ~~obrar~~ que en este tiempo es la fuerza del verano y no hay mejor techo que el de las estrellas.

(Entranse en la casa Constanza y Julián. Se queda solo Don Duardos y se sienta bajo las ventanas de Flérida. En algún momento puede oírse la risa de ella o, incluso vislumbrarse su figura o la de alguna de sus doncellas, moviéndose por el interior de la cámara.)

DON DUARDOS.- ¡Ay Don Duardos, que harás, cautivo de tu loco atrevimiento! Tan poco es mi merecer y tan alto el valor de aquella en que puse los ojos, que ya antes de la empresa desfallezco.

(Se asoma Flérida unos instantes. Sale Artada, la coge por la cintura, contemplan la huerta sin hablar y vuelven a meterse. Don Duardos las mira y luego sigue con los ojos fijos en la ventana.)

Más ¿de qué me quejo? ¿Qué mejor bienandanza que ésta de vivir en lugar donde cada día pueda verla? Que ningún afán ni trabajo que sufra debe serme duro si no leve, pagado con tal premio.

(De dentro del cuarto de Artada viene una música de laúd.)

AMANECER EN LA HUERTA, CANTO DE PAJAROS.

(Don Duardos se despereza, saca parte de las riquezas que trae y el resto lo esconde en el hueco de un arbol. Se echa en el halda los tesoros elegidos y se dirige hacia la casa de los hortelanos. En ese momento sale Julian a la puerta, bosteza y mira al cielo que clarea.)

JULIAN.- ¿Qué tal ~~estas~~, hijo, hallaste algo?

DON DUARDOS.- (Mostrándole el tesoro)

Algo sí, Mucho no, pues según mis noticias, el tesoro no lo podremos hallar todo junto, si no de poco en poco, que está repartido y oculto en lugares distintos.

JULIAN.- (Fascinado)

¿Que no es mucho ~~eso~~ dices?

(Manosea las piezas que le dá y entrega Don Duardos)

Mentira me parece lo que veo.

(Sale Constanza y se acerca)

¡Mirad, Constanza, que gran maravilla! Es tan rico que a duro lo puedo creer.

CONSTANZA.- Mostradme.

(A Don Duardos)

¿Todo esto, hijo mío?

DON DUARDOS.- Y más espero hallar a su tiempo con la ayuda de Dios.

JULIAN.- (Nervioso)

¿Y qué haremos con ello?

DON DUARDOS.- Disponed a vuestro albedrío, pues yo no lo quiero.

CONSTANZA.- (Práctica)

Guardémoslo por ahora, Julian, y Dios bendiga nuestra buena ventura y a quien nos la trajo.

(Cariñosa a Don Duardos)

*Bien te cumple, hijo mío, entrara ahora a ~~comer~~ hijo, ahora, almorzar y dormir en lecho blando ~~para~~ para que el sueño ~~repose~~ *premie tu bendito* trabajo.*

DON DUARDOS.- No, señora, prefiero agradeceros la hospitalidad yéndome con vuestro marido a ayudarle en cuanto pueda y a aprender otras labores, que cavar apenas

COSTANZA.- ^{sé.} No me digas señora, sino madre.
(Sale Don Duardos y Julian)

DON DUARDOS.- (Besando sus manos)
Gracias, madre.
(Salen D. Duardos y Julian)

ESCENA XII

=====

ATARDECER EN LA HUERTA.

(Salen Flérida, Amandria y Artada.
Se sientan bajo los árboles junto a una fuente.)

AMANDRIA.- ¿Seguís pensando en Primaleón?.

FLERIDA.- (Pensativa)

Si, más no sólo en él, sino también en el noble caballero a quien persigue.

ARTADA.- No vino, en verdad, nunca tal caballero a la Corte ni se vió corazón tan generoso.

AMANDRIA.- ^{¿Supisteis, por último,}
~~¿Supisteis, por último,~~ ¿quién era?.

FLERIDA.- No se quiso dar a conocer, más su osadía y su nobleza eran de gran señor.

(Sale Constanza. Trae unas rosas en la mano y se las dá a Flerida, que hunde en ellas el rostro.)

¡Que aroma tan exquisito!

(Levantando los ojos.)

¿Las cogisteis para ~~dormelas?~~

CONSTANZA.- Sí, señora, que hoy es día de fiesta para ~~nosotras~~ ^{(mi y mi marido.}

FLERIDA.- Muy alegre pareceis, en verdad, decidme cual es la causa, que de ~~todos~~ vuestros placeres yo me huelgo.

CONSTANZA.- Sabed que ha tornado un hijo que ha ~~gano~~ tiempo se nos fué a tierras extrañas y ^{está adornado} de tales prendas - que volver a cobrarlos nos ~~es~~ ^{es} de ~~gran~~ ^{gran} consuelo.

FLERIDA.- Traedlo, pues, a mi presencia, que lo quiero yo ver.

CONSTANZA.- Tal vez tenga vergüenza de parecer ante vos en sus pobres ropas, pues es de tímida condición, ^{< viene roto y} aún no

FLERIDA: Al hombre queremos ver, que los paños son de lana.
CONSTANZA (Se acerca a la casa)

¡Julian, venid!

(Sale a buscarlo y a poco lo trae por la mano.)

ESCENA XIII

(Dichos y Don Duardos, que viene rezagado.)

DON DUARDOS.- (Como para sí)

¿Quién osa en tan deforme visaje y vil figura aparecer ante ella? ¡Olimba, dadme fuerzas!

FLERIDA.- Venido seas en buena hora, que ~~tu~~ tus padres ~~muchos~~ ^{< los aprecio} ~~apreciando~~ grandes servicios me hicieron ^{y mucho}

ARTADA.- ¿Cómo te llamas?.

CONSTANZA.- Se llama Julián.

(Julián baja los ojos)

AMANDRIA.- ¿En qué tierras anduviste Julián?.

CONSTANZA.- (Tras una pausa) Lejos... ¿verdad?.

ARTADA.- ¿Cuanto ha que partiste?.

CONSTANZA.- Está corrido.

ARTADA:
~~AMANDRIA~~.- (Riéndose con Amandria.)

En balde es tan hermoso si no habla.

(A Amandria)

Preguntémosle si es mudo.

AMANDRIA.- Amigo, ¿teneis atada la lengua?

DON DUARDOS.- Señora, el corazón encogido ante la maravilla que -
los ojos ven, suele mantener presa la lengua y hablar
no la deja.

ARTADA.- ¿Y qué ^{te} causa tanta maravilla? ¿No ^{habías} ~~habías~~ visto -
^{hasta ahora} ~~habías~~ una doncella?.

DON DUARDOS.- He visto hartas doncellas en ~~estas~~ tierras donde an-
duve, vi a Melisa, esposa de Recendoz, vi a ~~Valeriana~~
Valeriana, por quien se perdió el rey Arnedos, vi a
la hermosa Griola y a sus ^{damas,} ~~doncellas,~~ más ante vues-
tra hermosura todas parecen mozas de aldea con gana
do, viejas pinturas, sombras, en fin, de lo que aho-
ra ~~me~~ contemplo.

AMANDRIA.- ¿Quien ^{te} enseñó a hablar así?.

DON DUARDOS.- ~~Esos~~ El habla no se aprende, ^{nace} ~~parte~~ del corazón.

FLERIDA.- Amigo, dejad a mis doncellas y no ^{pareis} ~~pareis~~ mientes en
sus razones, que con el poco seso que tienen hablan
cosas desconcertadas. ^{Te} ~~Es~~ digo que me parece ^S más -
discreto que ellas mesuradas y que según ~~me~~ ^{tu}
apostura, en otro oficio ^{me gustaría verte} ~~es~~ ~~quisiera ver~~ y no en el
de hortelano.

DON DUARDOS.- No debiera haber osado aparecer ante vos, más lo hi-
ce por cumplir el mandamiento de mi madre que acá me
enderezó, y ahora vuestra clemencia me paga con cre-
ces la cortedad que tuve.

(Se hinca de hinojos, le toma la ma-
no y se la besa.)

FLERIDA.- (Aparte)

Ni estas hermosas manos, ni sus razones parecen en
verdad las de un villano.

(A él)

Debieras hablar como vistes, o vestir como respondes.

DON DUARDOS.- Los ricos vestidos no amenguan ^{la desventura} ~~los~~ ~~pesos~~ del corazón.

JULIAN.- (Dentro)

¡Julián, hijo!.

DON DUARDOS.- Quedad adios, señora, *y consideradme para siempre a vuestro servicio.*
CONSTANZA.- Dadle licencia, su padre le llama. ¡Ya vamos!

(Flerida alza a Don Duardos del suelo. Se miran, y le ve desaparecer con Constanza. Hay una pausa.)

FLERIDA.-

(Pensativa.)

Habló de penas del corazón ... ¿Sabrá de ellas?.

AMANDRIA.-

Se las oiría mentar a algún trovador. Ningún hombre sabe de penas del corazón. A todos vereis quejarse, más a ninguno morir por amores.

ARTADA.-

Debió correr mucho mundo, no tiene porte villano.

AMANDRIA.-

< *La astucia le enseñaría a imitar nobles*
~~quiso imitar a los nobles en sus maneras.~~ No es hu
< *ciertamente,*
milde, sino altivo.

ARTADA.-

~~era~~ *Pero* al principio necio parecía y *tan corto* que nada sabía decir.

AMANDRIA.-

Es discreto y hermoso. Nos recreará.

FLERIDA.-

(Impaciente)

¿Que se os da de Julián?. ¿No lo habeis importunado ya bastante?.

NARRADOR.-

Las palabras de Flérída fueron miel y aliento para Don Duardos que se tenía en su corazón por bienaventurado, y así decidió, aunque lleno aún de zozobra, probar enseguida el remedio de la copa encantada. Y a la mañana siguiente les hizo creer a los hortelanos, que ya mucha afición le habían cobrado, que la había encontrado en la huerta, con otras piezas del tesoro de los Emperadores, y que tenía el gusto de regalarla a la infanta Flérída porque le parecía *puesto en* razón aquel pequeño homenaje a su gran belleza y bondad. Y Constanza consintió en ello de grado, y acordaron que cuando bajara Flérída por la tarde, le ofrecerían de beber en *la copa,* ~~ella~~, aunque sin decirle que la habían hallado enterrada en su huerta, por el -

temor de que reclamara también parte en el resto del botín, y Don Duardos dijo que bueno, pues su único deseo era el de que Flérida ^{<acercana sus labios a} ~~babiera~~ la copa, y lo demás ^{muy poco} le importaba. Y así esperó a la tarde con el corazón anhelante.

XIV
ESCENA ~~XXXX~~
=====

HUERTA AL ATARDECER

(Salen Flérida y sus doncellas. Bordan en unos bastidores largo rato en silencio.)

FLERIDA.- ¡Que triste está la huerta!.

ARTADA.- Como todos los días, mi señora, ¿quereis que hagamos música?.

FLERIDA.- No, ¿porqué no vais a llamar a Julián?.

AMANDRIA.- (Abandonando su bastidor)

¡Yo voy!.

ARTADA.- ¡No, que me lo encargó a mí!.

FLERIDA.- (Airada)

No peleis por tales necedades ... Mas callad, que allí viene.

(Quedan las tres inmóviles, esperando en silencio.)

(Sale Don Duardos con un cesto de fruta y se acerca a ellas.)

DON DUARDOS.- Comed, señoras, están recién cogidas por mis manos.

(Flérida y sus doncellas comen fruta.)

FLERIDA.- ~~¿Por qué no me llamas?~~ ^{¿Aún} ^{<Julian,} no añoras las tierras que dejaste?

DON DUARDOS.- Allá no tenía el placer de serviros. ¡Ay!

(Profundo suspiro)

FLERIDA.- ¿Suspiras? ¿De que te quejas?.

DON DUARDOS.- De Dios, porque no hizo iguales a todos los nacidos y les dió, sin embargo, ojos y sentidos para conocer y desear lo mejor.

FLERIDA.- ¿Sabes leer y escribir?

DON DUARDOS.- Señora, ya he olvidado si lo sé.

(Sale Constanza, trayendo en la mano la copa encantada. Se dirige a una de las fuentes y la llena de agua.)

CONSTANZA.- Dios os guarde, tomad, ¿no teneris sed, después de comer fruta?.

FLERIDA.- (Toma en sus manos la copa. Mirándola)

¡Que copa tan singulari ¿Donde la hubisteis?.

CONSTANZA.- Mi hijo Julián la trajo de Turquía y queremos daros-la que a vos conviene y no a mí tan preciada joya.

FLERIDA.- (A Don Duardos); *Es verdad? (El oriente)*

¿Quien te la dió?.

DON DUARDOS.- Un noble caballero de ^{cierta} ~~una~~ villa donde serví. La ofrecía de premio a los villanos que se preciasen de ensayarse en las armas y yo, ^{que} me esforcé, la gané en un torneo.

FLERIDA.- ¿Luchásteis osadamente?.

DON DUARDOS.- Tuve buena ventura. ^{Pero} ~~mas~~ mayor la tengo ahora, si os dignais aceptar ~~me~~ *mi modesto trofeo.*

FLERIDA.- De muy buen grado, más quedo en deuda contigo.

(Mirándola complacida)

Reparad, Artada, que rica labor tiene en el pié.

DON DUARDOS.- Bebed, señora, que más ^{se enriquecerá} ~~se enriquecerá~~ cuando pongais los labios en ~~el borde de la copa~~ su borde.

(Se arrodilla.) Os lo ruego...

(FLERIDA bebe y se queda mirando largamente a Don Duardos.)

FLERIDA :- ¡Oh, que agua tan sabrosa, toda se me aposentó en el corazón!§

(Recien dichas estas palabras, la escena queda como congelada en los movimientos que tienen los personajes (y, sobre esta paralización de la acción dramática se escucha la voz del:)

NARRADOR .- (OFF.)

...Como Flérida bebió, sintió un ardor muy grande y desconocido que recorría su cuerpo y al mirar a Don Duardos humillado ante ella parecióle mas hermoso ypreciado que ningún caballero del mundo, y lo veía como si estuviese vestido con todos los ricos aderezo que a tan apuesta figura convenían. Y, a pesar de ser ella muy niña, que jamás había probado tales ardores, como también era entendida a maravilla, se espantó de la mudanza que en su interior sentía, tal que no sabía cómo atajar su cruel turbación, ni pudo tanto encubrirla que Don Duardos no la conociese en el rubor de sus mejillas y en la luz de sus ojos y aquel descubrimiento redobló su arrogancia y su labia y alzose del suelo y empezó a hablar muy alegremente con Amandria y Artada, mientras Flérida continuaba en su desmayado silencio, que estuvo una pieza sin conseguir moverse ni hablar.

(Los actores menos FLERIDA, irán haciendo, como si se desentumecieran (y a manera de ballet, todos los movimientos que se indican, subrayando, por contraste, el encantamiento de FLERIDA. (Sonrien y se mueven armoniosamente en torno a ella.)

...Las doncellas, entre tanto, preguntaron a Don Duardos muchas cosas de las que había visto en otras tierras y estaban pendientes de sus labios pues el respondía a todo tan graciosamente que las tenía encantadas. Y Don Duardos, de vez en cuando, ponía con disimulo su mirada en Flérida y más se alegraba su corazón cuanto más pensativa la veía.

Y Flérida tuvo celos de sus doncellas y sólo aquel sentimiento repentino, que tampoco nunca había conocido, le dió fuerzas para reaccionar y tendió la mano a Don Duardos para que la ayudara a levantarse, que no quiso la ayuda de sus doncellas.

(Los actores compondrán los movimientos indicados.)

FLERIDA

(A DON DUARDOS, que acaba de ayudarla a levantarse, mirando la mano que aún enlaza la suya.)

¿No fuera mejor que te emplearas, a lo menos, como escudero?. Tus manos no están hechas para cavar la tierra.

DON DUARDOS

Señora, yo me quiero así, hombre de bajas maneras, que ~~le~~ *la* ~~manera~~ *hora reside* en la persona.

FLERIDA

No son bajas tus maneras Julian, ni creo que tus fuerzas, aunque nunca te ví luchar.

DON DUARDOS

Flacas las tengo, mi señora, ~~que~~ *y para mayor flaqueza,* el corazón, que es orgulloso, me hizo poner el pensamiento en cosa que no entiendo de alcanzar.

(Se miran intensamente.)

ARTADA

Señora, es hora de nona, y de iros a vuestro estado.

FLERIDA

(Sin atenderla.)

Si Dios quisiere, tiempo vendrá ~~en que desaparezca~~ *en que desaparezca* ~~esa~~ *esa* ~~flaqueza~~ *flaqueza y jamás te falte* ~~ventura.~~ *ventura.*

DON DUARDOS

Basta con vuestro deseo, que si lo mantuvierais, ~~no me cabe~~ *no me cabe* temer lucha alguna ~~que el cielo me ayude.~~ *que el cielo me ayude.*

AMANDRIA

Señora, se puso el sol.

FLERIDA

(Como despertando.)

Si, si, vamos. Quedad con Dios, Julián.

DON DUARDOS

(Atrevido.)

~~no~~ Señora, no me quedo, ~~no~~ voy con vos.

=====

Interior de la cámara de Flérida. Atardecer.

Flérida y Artada, bordando en sendos bastidores. Pausa. - Al cabo de un rato, Flérida se queda mirando al vacío y luego arroja la labor lejos de sí, con enojo. Artada alza los ojos sorprendida.

ARTADA.- ¿Os sucede *algo*, señora?

FLERIDA.- Nada, sino que me fatiga la labor y la miro con aburrimiento, ¿a qué propósito tanto bordar colereadas flores - sin perfume?.

ARTADA.- (Dejando su labor y acercándose a ella) Perdonad., pero desde hace unos días no me pareceis vos, ni siquiera tenéis ganas de bajar a la huerta, ¿por qué?

FLERIDA.- El hijo de los hortelanos se me ha hecho enojoso.

ARTADA.- Antes os era amable.

FLERIDA.- (Impaciente) ¡Bien, Artada! *¿no se puede cambiar? (Pausa)* Antes me era amable y ahora - *(Pausa. Pensativa)* me parece enojoso. Demasiado pagado de sí mismo, tal vez piensa que no podemos vivir sin él...

ARTADA.- ¿Creeis que piensa eso?.

FLERIDA.- ¡No lo sé! No me cuido de sus pensamientos, pero en cuanto aparece es como si nos concediera el don de su presencia, más parece *ahora* *suya* la huerta que de nadie, ¿son esas las humildes maneras que se acomodan *a* su condición?

ARTADA.- Su talante os complacía al principio, decíais, señora ...

FLERIDA.- No recuerdo lo que decía, pero he rectificado mi juicio.

(Imitada) Y no me habléis más de Julián.

(Entra Amandria)

AMANDRIA.- Señora, está aquí Constanza.

FLERIDA.- (Con cierto sobresalto) ¿Constanza? ¿Pues qué *ocurre?* ~~para?~~

AMANDRIA.- *Dice que si tenéis azúcar rosado para su hijo, que se le abraza el corazón y le languidecen las maneras.*

~~AMANDRIA. - ¿Dice que es qui...?~~

FLERIDA.- Que pase, dejadme con ella.

(Salen Amandria y Artada. Al cabo de un momento, entra Constanza. Trae un ramo de rosas rojas en la mano.)

CONSTANZA.- ¿Os encontráis mal, mi señora?

FLERIDA.- No, sólo triste por la ausencia de Primaleón.

CONSTANZA.- Me he atrevido a traeros, estas rosas, ya que ahora no quereis bajar a la huerta, como antes solíais.

FLERIDA.- ¡Oh, que hermosas! (Hunde en ellas el rostro) Le decía a Artada hace un momento que estaba harta de flores sin perfume. ¿Las cortásteis vos?

CONSTANZA.- No, sino mi hijo Julián. Os las traigo ^{por} su ~~por~~ mandado.

FLERIDA.- (Turbada) Dadle las gracias. ¿Cómo está?

(Constanza se cubre el rostro con las manos y se apoya contra un lateral)

Pero hablad, ¿ocurre algo? Sentaos. *(le acerca un asiento)*

CONSTANZA.- Con vuestra licencia. (Pausa) Ay, señora, no sé que haga con mi hijo Julián.

FLERIDA.- (Alarmada) ¿Pues qué le sucede?

CONSTANZA.- Ni su padre ni yo lo sabemos, pero os digo que no lo conocereis de lo laxo que anda, que ni come ni duerme ni apenas quiere hablar, y el día y la noche se le van en suspiros.

FLERIDA.- ¿Le habeis preguntado la causa de su mal?

CONSTANZA.- Si, pero nada se le saca. Su padre dice que se debiera avezar a vivir entre la gente de nuestra condición y buscar tal vez moza con quien casar, que en edad de amores está. Una moza que tenga telar con arquibanco de pino, honesta y de buena salud. ¿Conoceis a Grimanesa, la molinera?

FLERIDA.- Si, ¿por qué? ¿la ama Julián?

CONSTANZA.- No, porque aún no la ha visto, ^{*(se niega a salir de la huerta...)*} más si la viera la amaría ¿no creéis? (Flérida se encoge de hombros) ¿Porqué no le habláis vos?

FLERIDA.- ¿Yo? ¿Por qué había de hablarle yo? ¿Y de qué?

CONSTANZA.- De Grimanesa. No podrá haber para Julián mejor recomen
dación que la vuestra, os tiene en un altar.

FLERIDA.- (Pensativa) Grimanesa no es moza para Julián ...
(Se levanta y se pone a pasear por la habitación. Co-
ge de encima de un mueble la copa encantada, llena de
agua, y se pone a beber demoradamente, a pequeños sor-
bos, con la mirada perdida en las frondas del jardín.)

NARRADOR.-..Venida la noche, y echada en su lecho, fué Flérida acom-
pañada de grandes cuitas y viendo que Amandria dormía
sosegadamente, levantose muy desacordada y con la auda-
cia que le daba el amor se subió a unos altos mirado-
res que estaban encima de la huerta por si veía a Ju-
lián entre los árboles. Julián había llorado tanto -
aquella noche que se durmió enflaquecido debajo de un
manzano y ella viéndolo dormir sintió aumentar sus ar-
dores y no pasó mucho tiempo de que lo estuviera miran-
do sin que él se despertara y se pusiera otra vez a -
suspirar.

= = = = =

ESCENA XVI

=====

INTERIOR DE LA CAMARA DE FLERIDA: NOCHE.

=====
vvvvv

(Interior de la cámara. Flerida, echada en su lecho, suspira y trata, en vano, de dormir. Se levanta sigilosamente, levanta una cortina que habrá al fondo y ve que ARTADA duerme profundamente. Entonces sube por una escalera de caracol hasta unos altos miradores que habrá encima de su cámara, y desde esa terraza contempla la huerta, a la luz de la luna. (En el exterior, reclinado contra un peral de la huerta, está DON DUARDOS; pero FLERIDA, al principio no lo descubre.)

FLERIDA

.. ¡Ay, cruel de mí!. ¿Cómo puedo sufrir no ver a Julián, sabiendo que está tal maldoliente?. Pero ¿será su cuita, por ventura, tan grave como la mía?. No debe serlo, porque en mi cámara veo llorar a las figuras de los tapices y amustiarse, teñidos de mi cuidado, los jardines que con seda de oro bordo en el bastidor, mientras que ^{ahí fuera} ~~aquí~~ las flores, las aguas y los árboles, que él toca todos los días, siguen luciendo esplendorosos tan ajenas de dolores, como yo llena de mal.

DON DUARDOS.-

(Mira al blacón, apagado de FLERIDA.)

Tu duermes, yo me desvelo,
y también está dormida
mi esperanza.
Yo solo, señora, velo,
sin Dios, sin alma, sin vida
y sin mudanza.
Si el consuelo viene a mí,
como a mortal enemigo
le requiero.
" Consuelo, vete de aquí,
no pierdas tiempo conmigo,
no te quiero".

FLERIDA

.. (Retrocede, al descubrir a DON DUARDOS.)

(DOS. Se queda sentada y le espía
(entre los barrotes de la baranda.)

.- ¡Es él!. ¿Me habrá visto?. Algo está hablando...
¡Oh dulce Julián, gentil villano que me has ro-
bado el alma, quien alcanzara a escuchar tus que-
jas que el viento recoge y quien llevara hasta
tus oídos las mías!.

DON DUARDOS .- Seis días ha que no viene,
guisándome está la muerte
mi señora .
Señora, ¿quien te detiene?,
no sé cómo estoy sin verte
ni una hora .
¡Oh, floresta de dolores,
árboles mansos, floridos,
inmortales,
¿cariáis vuestras flores,
si sintierais con sentidos
humanales.
Que partiéndose de aquí
quien hizo tan soberana
mi tristura,
con ~~la~~ ^{la} mancilla de mí
os quedaríais mañana
sin verdura.

FLERIDA .- Mi dulce jardinero de árboles y yerbas, que más
que del sol se ufanan de tu riego, mi honra y mis
riquezas todas daría yo por mudarme en el peral
contra el que se reclina tu figura, grabada día
y noche en mis entrañas.

DON DUARDOS .- Dios de amor, ¿no te contentas
con que te ~~ofenda~~ ^{ofenda} ~~mi~~ ^{mi} vida
dolorida,
la misma que tu atormentas?.
Si sirves para librar
mi corazón de fatigas,
Dios de amor, tu me lo digas.

FLERIDA .- Habla más cerca, amor mio, por tu vida, ~~que~~ ^{sólo pido}
sentir, ^{< susurar} un instante ~~de~~ tu dulce ^{aliento} junto a mi
~~oído~~, y luego que el Dios Cupido me dé la muerte.
^{oreja} ¡Ay! ¿Mereceré ~~ser~~ acaso ser la causa de ^{tu} males?

(AQUÍ FALTA UN FOLIO)



DON DUARDOS .- Oh mi ansia peligrosa,
dolor que no tiene medio
pues busqué
medicina provechosa
y con el mismo remedio
me maté.

(Mas alto.)

Ay Olimba, ¿que me hiciste,
que estoy cada vez mas triste?.

FLERIDA .- Un nombre ha traído el viento que no me pareció
el mío. Oh Julián, dueño de mis pensamientos y
de mis sueños todos, mi corazón desfallece,
mamame.

(Alza los ojos a la luna.)

Señora luna, diosa de la tristura y el amor,
decidle que le amo.

(En este momento DON DUARDOS sus-
pira y mira a la luna.)

Mas ¿que veo?...os está mirando, oh no, por piedad
alta diosa, no le digais nada, olvidad mi recado..
..¿Cómo habré llegado a desvariar así?.

DON DUARDOS .- Oh mi pasión dolorosa,
aunque penes no te quejes,
ni te acabes ni me dejes.

(Se levanta y lentamente se acerca
bajo el balcón de Flerida, sin
verla.)

Dos mil suspiros envío
y doblados pensamientos
que me traigan más tormentos
al triste corazón mío.

Pues amor, que es señorío,
te manda que no te quejes,
ni te acabes, ni me dejes.

(Suspira y se mete en casa de los
hortelanos.)

FLERIDA .- (Cubriéndose el rostro con las
manos.)

Una nube cubrió vuestro rostro, señora luna,
así oculto yo el mío, que a oscuras conviene
quedar cuando nos han quitado la claridad de
delante.

(Se tiende en el suelo y queda
inmovil, con la cabeza entre los
brazos.)

ESCENA XVII

=====

CÁMARA DE FLERIDA.

(La luz se va haciendo progresivamente de amanecer.
(ARTADA SE levanta, va al lecho de FLERIDA y, al verlo vacío, la busca por la estancia, con desasosiego y alarmada. Luego, tras llamarla, en vano, sube por la escalera de cara-col a los altos miradores y la halla tendida en el suelo.)

ARTADA .- ¿Qué es esto, mi señora? ¿Por qué os levantasteis del lecho y yaceis aquí sobre la piedra fría, sin un cojín siquiera?

(FLERIDA se abraza a ARTADA y rompe a sollozar.)

Pero, por amor de Dios, no llloreis, que me partís el corazón.

FLERIDA .- (Volviendo a tumbarse en el suelo.)
Déjame, Artada, que más vale que muera y no sufra tanta cuita como la que puso fin a mi honra.

ARTADA .- (Inclinándose sobre ella, solicita.)
¿Cómo podeis pronunciar tan crueles palabras? No os encubrais de mí por más tiempo, señora, decidme qué mal sentís.

FLERIDA .- ¿Qué puedo decirte sino que tengo vergüenza de mí misma, al pensar cosas tan desaguisadas que ponen en lucha a mi linaje con mi corazón? Te ruego que me ahorres el dolor de darte más detalles.

ARTADA .- Temo adivinar, señora, la causa de vuestro mal, que desde que dejasteis de bajar a la huerta, pasais las horas en suspiros y desmayo. ¿No será tal vez, Julián quien así os hiere?

FLERIDA .- (Cubriéndose el rostro con las manos)
Oh, sí, Artada, dulce amiga, y lo peor es que no consigo olvidarlo aún ^{habiendo dejado de} bajar a la huerta. Que si lo veo, se me acrecienta el ardor, y si me aparto de verlo, con redoblado deseo se lastima mi corazón. ^{por Dios, al menos} Dime, que me entiendes.

ARTADA.- Sí, por desventura, aunque mejor quisiera no entenderos. Teneis príncipes en Hungría, en Normandía y en Francia, teneis en Inglaterra al famoso Don Duardos y a tantos - otros que por una mirada vuestra serían capaces de emprender la más altas hazañas. ¿Que desviada senda os trajo a emplear vuestro amor en un humilde plantador de hierbas y árboles?

FLERIDA.- (Soñadora) ¡Pero es tan hermoso, Artada! ¿Viste jamás talle tan gentil, razones tan acordadas ni movimientos tan armoniosos como los suyos, que más parece volar que caminar y música cuanto su voz profiere?.

ARTADA.- Ciertamente es hermoso, como también es cierto que el amor no pide permiso para filtrarse en las armas mortales. Pero pensad que no es sino un hortelano de la más baja condición.

FLERIDA.- Ya lo pienso a todas horas, Artada, y cuanto más lo pienso menos crédito puedo prestar a esa engañosa apariencia. ¿No adviertes que sus manos son de caballero de alta guisa y no en manera alguna de villano?.

ARTADA.- Lo he advertido, sí, y Amandria también, más si fuera caballero ¿qué intención oculta podría guiarle a encubrirse de esa manera?.

FLERIDA.- No sé, daría mi vida por averiguarlo. ¿Qué puedo, Artada hacer?. Aconsejame tú, amiga del alma, que siempre está más dotado para la prudencia quien no se halla preso en las redes del amor, que aquel que ya ha perdido el seso y la voluntad.

ARTADA.- Yo puedo hablarle, si me dais licencia, y procurar arrancarle el secreto de su intención y de su hacienda.

FLERIDA (Aliviada) / Oh sí, ~~me da~~ que gran consuelo sería ~~ser~~ para mi cuita! Pero, si le hablas, ~~hazlo~~ muy encubiertamente para que no sospeche que indagas en mi nombre

ARTADA.- Confiad en mí, señora, nada sospechará.

FLERIDA.- ¿Te parece locura mi porfía?

ARTADA.- Me parece que si vuestro corazón ha llegado a verse así prisionero como decís, vano empeño será ~~desatarlo~~ ^{intentar} desatarlo de ligero, Tornad a holgar a la huerta y no os -

esquiveis de verlo, que mal remedio, a lo que creo, se está demostrando ése para vuestro mal. Y fíemos el resto a la fortuna. Mas entrémonos, señora, que ya clarea.

ES C E N A XVIII

=====

TIENDAS DEL EMPERADOR PALMERIN.

(PALMERIN, POLINARDA, FLERIDA, doncellas y cortesanos.
(Entra CAMILOTE, caballero grotesco (membrudo y veloso, con aspecto salvaje. Lleva ropa muy corta, abrochada por delante con hebilla de oro y los brazos al aire. Trae de la mano a MAIMONDA, tambien muy fea y ridicula (vestida de seda de muchos colorines, (con cabellos cortos y enmarañados.)
(CAMILOTE Y MAIMONDA van a arrodillarse (se ante el estrado del Emperador.)

CAMILOTE := Señor, vengo a pedirlos, por merced, que me hagais caballero, porque prometí a esta doncella, la flor y más hermosa beldad natural de cuantas hay en el mundo, no serlo sino por vuestra mano.

*FLERIDA (Apunta a Antada)
¿Visteis serese mas horrible
que ese hombre y su dama?*

PALMERIN .- ¿Quien sois y de donde venís?

CAMILOTE .- Mi nombre es Camilote, soy hidalgo de tierra de Gorgate, y vengo de linaje famoso por su valentía hasta ahora me entrené en las más remotas y espesas montañas en la cabeza de jabalíes, leones y otras fieras, sin que jamás conociera el miedo.

PALMERIN .- ¿Y la doncella que os acompaña?

CAMILOTE .- Su nombre es Maimonda, se formé de nieve, rocío y rayos de sol, y pues quiso venir conmigo, creció mi orgullo y he jurado hacer por ella tales cosas en el oficio de la caballería que el mundo entero diga que ningún hombre sino yo es digno de merecerla. ~~tan alta doncella~~ Pues cuando la ví, en ella

ví a Dios.

PALMERIN

(Con sorna.)

Amigo, ya que son los milagros de amores maravillosas de Cupido, y que tan incomparable os parece la belleza de Maimonda, menester será atender vuestro ruego.

(Sale un escudero, tambien de aspecto muy tosco, trayendo las armas de CAMILOTE, más fuertes y gruesas que ri y en medio de un silencio veteado por los cuchúcheos de FLERIDA con sus damas, que a duras penas esconden su risa. CAMILOTE es armado caballero por PALMERIN, mediante una ceremonia muy elemental, que nadie, salvo él, se toma en serio.)

PALMERIN

Yp sois caballero, que el cielo os guíe.

CAMILOTE

El os premie vuetra merced, clarísimo Emperador.

Venid acá Maimonda. *Más gusto me da miraros que a un vergel de flores.*

(MAIMONDA se arrodilla y CAMILOTE saca de debajo del manto de su escudero una guirnalda de rosas y se la pone en la ca beza con solemnidad.)

MAIMONDA: Así me dice el espejo todos los días; de esa propia manera. (Flerida y sus doncellas ríen)

Aceptadla corona que sólo ^{vuestros} ~~los~~ cabellos merecen ostentar. ~~Basadme de miraros y~~ *Vuestra esclava soy.*

MAIMONDA

FLERIDA

(A sus doncellas)

¡Qué fuerte aroma despiden esas rosas y qué color tan extraño el suyo!

POLINARDA

Todo el palacio se ha llenado de fragancia. Decidme, caballero, ¿donde las cogisteis?

CAMILOTE

Sabed, señora, que hay en mi tierra un árbol muy preciado oculto en lo más intrincado y alto de la montaña, y que solo él da estas rosas, las cuales tienen la gran virtud de que duran siete años sin secarse, y yo he sido el primero que ha conseguido cogerlas con gran esfuerzo y peligro de mi vida, pues para hacer esta guirnalda y ponerla en la cabeza de Maimonda, hube de subir escarpados riscos y matar muchos leones, tigres y otras bestias de extrañas maneras y ya de hoy en adelante ningún caballero me osará discutir que Maimonda es la ^{<por su belleza>} dama digna de llevar tan singular corona sobre sus cabellos.

PALMERIN

(De buen humor a su mujer.)

¿Creeis, mi señora Polinarda, que si vos fuerais tan hermosa como esta doncella mereceriais esa corona y me dariais fuerzas para acometer mayores hechos de los que llevé a cabo en vuestro servicio.

POLINARDA

(Ironica.)

Creo, señor, que de ella a mí hay alguna ventaja.

FLERIDA

(Subitamente airada.)

¡Basta, padre! ¿Cómo consentís tamaña sinrazón? Por cierto que con mucha mayor razón hicisteis vos por mi madre más altos hechos de armas que los que logrará nunca este caballero en servicio de doncella tan desemejada. ¡Váyanse ambos en tan buena hora como en mal punto les concedisteis audiencia!

CAMILOTE

(Muy enojado.)

Sólo la envidia pudo hablar, doncella, por vuestra boca. Quiero yo ver si existe caballero tan arrojado que conmigo ose competir, y desde ahora le reto a que se atreva a arrancar de los cabello de Maimonda, para pasarlos a los vuestros, ni a otros ningunos, la corona que, mientras yo sea vivo, a ella pertenece. ¿Pensais acaso que ni vos ni vuestra madre la mereceis mejor que mi señora?

(Avanza hacia ella sañudo, FLERIDA retrocede asustada.)

¡Pues os equivocais, no hay reina ni princesa del mundo que iguale a Maimonda!. Vengan contra mí cuantoq caballeros quisieren y yo les probaré su yerro con mi coraje!

FLERIDA

Guardaos la guirnalda, que yo no la quiero por más hermosa que sea, y quitaos pronto de mi vista, que más pareceis diablo que caballero.

POLINARDA

(Abrazando a FLERIDA.)

Estais temblando, hija.

FLERIDA

Me da miedo, madre, quiero que se vaya.

PALMERIN

(Severo.)

Obedeced, Camilote, idos al campo y mostrad vuestra saña contra las fieras o contra los caballeros armados y no contra las doncellas, que si así los lograis espantar como a ellas, no quedará uno en cien leguas a la redonda.

~~C~~AMILOTE: Ni en ese espacio ni en todo el mundo se halló jamás belleza como la de mi señora Maimonda.

Don Roberto: (avanzando) ¡Habeis ^{reparado} ~~avanzado~~ por ventura, en la princesa Flerida?

→ (viene de la p. anterior)

CAMILOTE : (despectivo) ¿Ésa? ~~Alas~~
¿Osais comparar a una estrella
con un pardal? Absid bien
los ojos, caballero, debéis tener
legaña.

FLERI DA. (Morando) ¡Lástima que no
esté aquí mi hermano Primales!

DON ROBUSTO: (Firme y amenazador)
¡Retirad vuestras palabras
o ~~desat~~ ^{rezad} de hinojos el ánima
Christi!

CAMILOTE: ~~me casara~~ ^{Me lo uno ni lo otro.} Cerca de aquí
plantaré mis tiendas y en
ellas os espero para entablar
combate. ¿Vos, Señor Empera-
dor ^{me} dais licencia?

PALMERÍN: ~~buena~~ ^{Si}, y hago votos por
vuestra derrota.

CAMILOTE: (Tomando a Maimonda
por la mano) ¡Vámonos,
mi señora, reina del sol!

(Salen Camilote y
Maimonda
muy curados)

=====

HUERTA DE FLERIDA. ATARDECER.

{CONSTANZA trajina por la huerta, Sal
(DON DUARDOS y se dirige a ella.)}

- DON DUARDOS .- Madre, ¿donde iré a cavar, que no puedo estar parado ni ~~un momento~~ *¿cuánto tiempo soiego?*
- CONSTANZA .- Deja la azada y, ~~descansa~~ *debes descansar.*
- DON DUARDOS .- Descansando buero, madre.
- (Sale ARTADA del palacio.)
- CONSTANZA .- Mira quien viene allá.
- (Va hacia ella) (DON DUARDOS queda in-
(movil, ARTADA se acerca.)
(Aparte a ARTADA.)
- ARTADA .- ¿No baja la princesa como prometió?
- CONSTANZA .- Ahora saldrá con Amanda.
- CONSTANZA .- Os ruego que veais de entretener a mi Julián.
- (A él.)
- Te dejo en esta grata compañía, que voy a preparar la merienda a tu padre.
- (Se van CONSTANZA y hay un silencio.)
- ARTADA .- ¿Que mal ha sido el tuyo, ^{que} que en tan poco tiempo así te ~~desmejoras~~ *desmejoras?*
- DON DUARDOS .- ¿Poco decís?. ¿Y quien saca la cuenta cabal del tiempo?. Yo aún no aprendí a llevarla.
- ARTADA .- Mucho nos posó oírle a tu madre que estabas tan malócoliente y más que a nadie a mi señora Flérida.
- ~~Porque ella se duela de mí me torna de la muerte a la vida; ningún remedio es comparable.~~
- DON DUARDOS .- El que ella se duela de mí me torna de la muerte a la vida; ningún remedio es comparable.

(Se pone a coger rosas. ARTADA le sigue)

- ARTADA .- Cogeré unas rosas para ella. .
(Tras una pausa.)
- DON DUARDOS .- Julián, una cosa te quiero preguntar sin que nadie nos oiga, aunque temo que te incomode.
- ARTADA .- Nada de lo que vos digais podré oír sino de grado.
- DON DUARDOS .- Dime, ¿eres realmente hijo de Constanza y Julián?
(Mirándola de frente e interrumpiendo (su labor, con gesto ingenuo.)
- ARTADA .- ¿Qué veis, señora, en mí que os haga pensar lo contrario?
Me maravillan tus maneras, tan diferentes de las ~~de mi hijo~~ ^{suyas}, y he dado en pensar que tal vez por alguna causa secreta tienes empeño en encubrirte. Si es así, mucho me holgaría de que me lo dijeras y ten por cierto que no se lo confiaría a nadie.
- DON DUARDOS .- También me holgaría yo de poder confirmar vuestra sospecha, pero por desventura os equivocais teniendo en más de lo que valgo. Yo solo soy lo que mis ropas dicen, si acaso soy algo, que tampoco lo sé.
- ARTADA .- Tus ropas, Julian, se ~~ajustan~~ ^{acomodan} a tu persona con la misma sinrazón que el agua al fuego.
- DON DUARDOS .- ~~¿Igual~~ ^{Igual} sinrazón sería que me creyera príncipe por llevar ropas de tal. ^{Si bien se mira,} todo es sinrazón.
- ARTADA .- Mas yo no alcanzo a comprender la ~~vuestra~~ ^{tuya}.
- DON DUARDOS .- Ni yo la del mundo.
- ARTADA .- Voy dentro a buscar a Flérida, que ya se tarda, pues veo que no me quieres descubrir la verdad de quien eres.
- DON DUARDOS .- (Entra.)
(Sólo.)
Defid que no tengo nombre,
que el suyo me lo ha quitado
y consumido,
decidle que no soy hombre
a fuer de desventurado
^{y afligido.}
Soy quien anda y no se muda,
soy quien calla y siempre grita
sin sosiego;
soy quien vive en muerte cruda

soy quien arde y no se quita
de su fuego,
quien corre y está en cadena,
el que vuela y no se aleja
del amor.
Soy quien placer ha por pena,
soy quien pena y no se queja
del dolor.

(Sale FLERIDA, AMANDRIA y ARTADA.
(Las dos primeras se sientan bajo
un árbol, mientras ARTADA viene al
encuentro de DON DUARDOS.)

FLERIDA .- Librémonos de calores debajo del naranjal.

DON DUARDOS .- (Como para sí)

¿Qué cosa más natural que una flor caiga entre
flores?.

ARTADA .- (Coge a DON DUARDOS por la mano y se
(se acercan.)

Aquí teneis a Julián, señora, que por ventura
aún no murió.

FLERIDA .- (Insinuante.)

¿Tan grandes son tus cuitas y cuidados como para
temer que te traigan la muerte?.

DON DUARDOS .- Señora, cavo cuidados y de debajo de la tierra sa
vida con afán y deseo, que ella muda las lágrimas
en fruto. Aceptad estas rosas, que enrojecen, como
yo del placer de volver a veros.

FLERIDA .- ¡Oh, gracias, Julián!. ¿Sabias que son mis flores
preferidas?.

DON DUARDOS .- El deseo de agradaros me lo dijo.

AMANDRIA .- (Mientras FLERIDA huele, complacida,
(las rosas)

Casi son tan bellas como las de la famosa guirnal
da de Camilote.

FLERIDA .- (Sobrecogida, con irritación.)

¡¡No me nombreis aquel salvaje!! Que aún veo
con terror el fuego que le salía por los ojos, y
la saña con que me miraba.

DON DUARDOS .- ¿Quién osó, mi señora, miraros con saña?.

FLERIDA .- Un hidalgo a quien mi padre armó caballero, que
él y una amiga que trae consigo son los más feos
que Dios Crió, tal vez para mostrarnos la hechura
del diablo.

Y su orgullo y su fuerza son comparables a su fealdad.

DON DUARDOS.- (Altivo)

¿Y como no hay en la corte del Emperador caballero - que ataje ese orgullo?.

FLERIDA.- En un día ha vencido ligeramente a los tres mejores, el marqués de Feriores, el conde de Paller y el duque de Amenón, y aún sigue ~~peleando~~ ^{clamando} pelea.

ARTADA.- Combate contra ellos en presencia de Maimonda, su horrible dama, montado en una mula; ~~es~~ más recio en sus mandobles que las bestias bravas y^a todos hace huir - por ardidos que entren en el campo.

AMANDRIA.- Ninguno ha sido capaz de rescatar la guirnalda de rosas que él jura por Dios que sólo merece Maimonda. A fé que vencerá a cuantos con él quisieren ir a combatir.

DON DUARDOS.- (Picado en su orgullo). Mucho afirmar es eso, mi señora.

FLERIDA.- (Interviniendo) No, Julián, Amandria dice verdad. - Desde que mi hermano Primaleón partió hacia rumbo desconocido, con su ausencia faltó todo el bien en la corte de mi padre.

DON DUARDOS.- (Mirándola) ¿Quereis decir que ya no existe arrojo ni osadía en ningún caballero?.

FLERIDA.- Eso quise decir.

(Nostálgica)

A no ser que volviera el único que un día fué capaz de vencer a Primaleón.

DON DUARDOS.- Tal vez pueda volver, ~~¿quiereis decir?~~ ¿Se fué muy lejos?

FLERIDA.- Nunca lo supo nadie.

DON DUARDOS.- (Aparte) ¡Ay Olimba, qué caliz tan amargo me diste a beber!

ARTADA.- No os deis pena, señora, que me rasgais el corazón.

AMANDRIA.- ¿Porqué no hacemos un poco de música para distraernos?

FLERIDA.- Sí, por Dios, tañed vuestros instrumentos, que me siento pensativa y de un solo pensamiento na-

cen miles, y se echan a volar como aves agoreras.

(AMANDRIA y ARTADA tañen y cantan durante un trecho. DON DUARDOS Y FLERIDA se miran.)

- AMANDRIA .- La música debe ser la madre de la tristeza...
- FLERIDA .- (Pausa.)
¿Sabeis vos de música, Julián?
- DON DUARDOS .- Algo sé.
- FLERIDA .- Callad, que nos cante Julian alguna cosa, según su cuidado, ¿teneis ganas?
- DON DUARDOS .- Ganas si, pues nacen a vuestro solo mandado, mas no sé si fuerzas.
- FLERIDA .- (Contenta.)
¡Inténtalo!
- DON DUARDOS .- (Afina el instrumento.)
Amar y servir
razón lo requiere.
Virtud es sufrir
dolor que así hiere.
Si hiere el dolor
y aqueja el cuidado
sufriré de grado,
mas tengo temor
de ser apartado
de aquella hermosura que me ha lastimado.
Amor me venció
a pie y a caballo,
depuse las armas,
amor me ha obligado.
Razón lo requiere que muera de grado
aquel que así muere.
(Hay un silencio. Cuando DON DUARDOS acaba de cantar se le enflaquece el corazón, se sienta en el suelo y pone la cabeza sobre el regazo de ARTADA. (FLERIDA se acerca y le coge las manos.)
- FLERIDA .- ¿Te ocurre algo, Julián?
(El no contesta.)
- AMANDRIA .- Parece desmayado.
(Va a una de las fuentes y vuelve con agua que le echa en el rostro.)
- Julián abre los ojos.
- FLERIDA .- ¿Te encuentras mejor?
- DON DUARDOS .- No fué nada, a veces me siento amortecer, perdónadme.

59

FLERIDA.- Fácil perdón es ése. Tan solo me pesa porque dejaste de cantar, que mucho placer me daba oírte. ¿Enseñaras esa canción a mis doncellas?.

DON DUARDOS.- Esa y muchas más, en cuanto las fuerzas me tornen. - Es que estoy en ayunas.

(A sus doncellas)

Entrar a pedirle a su madre un poco de vino y de merienda para que se reponga.

DON DUARDOS.- No os molesteis ...

FLERIDA.- Si, si ...

(Se van Amandria y Artada)

(Tras una pausa)

Dime, Julián, ¿donde aprendiste a tañer tan finamente y quien te enseñó esa canción?.

DON DUARDOS.- A tañer, mi señora, me enseñó un gran maestro. La canción, en cambio, nunca la oí, mas el corazón atormentado da fuerzas para saber explayar su mal. Pues aunque yo sea tal cual me veis, no dejo por ello de sentir como cualquiera, que las cuitas no conocen linaje.

FLERIDA.- ¿Cuitas tú? ¿Qué te falta?. ¿Ventura acaso?.

DON DUARDOS.- Sí, mi señora, se me tornó esquiva, al forzarme a poner los ojos en quien no me ama.

FLERIDA.- ¿Sabes tu que cosa es amar?.

DON DUARDOS.- Lo sé para mi mal, pues ninguno hay como el mal de amores.

FLERIDA.- Si lo sabes, dime cómo es.

DON DUARDOS.- Amor hace a los altos venir en bajeza, a los bajos subir, a los flacos de ardimiento y a los osados torna temerosos. Para quien ama aparentan tristezas las cosas más risueñas, toda esperanza le es acidiosa, - jamás el corazón del amante está en sosiego sino sospechoso y atribulado, fallece cuando se pensaba más firme ...

(Mirando a Flérida, que bebe sus palabras emocionada.)

Pero, en fin, ¿qué os podría yo decir, señora?. Mas entendido que yo habría de ser quien la desvariada condición del amor quisiera y supiera pintaros.

FLERIDA.- (Pensativa)

No lo creo, Julián. Ni ~~así~~ tampoco que ninguna mujer, por esquiva que fuera, dejase de creer que padeciera verdaderamente ~~esa cuita que pintas~~ *esa cuita que pintas* ... si lle

gara a escuchar tus quejas aquella que las ~~provoca~~ ^{provoca.}

DON DUARDOS.- Mi mayor deseo, señora, es que algún día llegue a escucharlas todas, pues muchas más atesoré mirando las estrellas en mis noches sin sueño.

(Flérida baja los ojos)

(apasionado); ¡oh! Señora, por piedad, miradme!

(Ella lo hace.) (Don Duardos le besa las manos.)

Rogad a Dios por mí. *(Sale rápidamente)*

FLÉRIDA *(sola)* ¿qué merced haría en amarlo si fuera ^{XX} sin más, mi igual?

ESCENA ~~III~~
=====

EXTERIOR DE LA HUERTA. NOCHE.

(Sale furtivamente Don Duardos por el portillo y mira alrededor. Apostado contra el muro está Clodio.)

DON DUARDOS.- OH, Clodio, providencial aparición, ¿cómo queda la infanta Olimba?.

CLODIO.- Muy bien señor, os traigo de su parte nuevos tesoros, pues piensa que ya habreis agotado los que fingís desenterrar de la huerta.

DON DUARDOS.- Guardate, Clodio, esas riquezas, que esta noche no las necesito, sino que partas raudamente y digas a Belagris que me apareje armas y ~~un~~ caballo.

CLODIO.- ¿Ya os partís, señor de vuestros padres adoptivos?

DON DUARDOS.- Sólo por ~~algún~~ ^{gran} tiempo, que les hice entender que voy en busca de una yerba que no ~~halló en esta huerta~~ ^{florece aquí y que me} es de ~~gran~~ ^{gran} necesidad para ~~hallar~~ ^{encontrar} el resto del tesoro. Pero bien otro ~~es~~ ^{el móvil} motivo de mi ausencia.

CLODIO.- ¿Puedo saberlo, mi amo?

DON DUARDOS.- Parto con la intención de ~~venos~~ ^{presentar batalla} a Camilote, un salvaje caballero que no merece ~~tal~~ ^{tal} nombre. ~~¿Oiste~~ ¿Oiste hablar de él?.

CLODIO.- Si, mi señor, grande ^{y justificada} ~~es~~ ^{<armadas>} la fama de su fiereza. Oí decir que tiene ~~un~~ ^{<armadas>} tiendas a una legua de aquí y que ha malherido a cuantos caballeros osaron acercarse.

DON DUARDOS .- Te esperaré a las puertas de la ciudad al ~~mediodía~~ ^{alba}
~~mi~~ mi buen Clodio. No te tardes, ~~puntuales~~
CLODIO .- Estaré puntual. ¿Me dejareis acompañaros?
DON DUARDOS .- Como gustes, ~~quiero~~
CLODIO .- No habrá para mí gusto mayor, que ya me pesaba
tan largo ^{Y muelle} reposo. Vuelo a avisar a Belagrís, ~~que~~
y él se holgará tanto como yo de que volvais a reco-
brar vuestra condición.
DON DUARDOS .- ¿Quién sabe si la recobraré alguna vez / ni cual
será mi condición verdadera!. Mas no perdamos el
tiempo en inútiles pláticas. Traed tambien con
vos mis mejores arreos y armaduras.
CLODIO .- (A punto de salir.)
¿ Y Mayortes?
DON DUARDOS .- (Tras una duda.)
~~Los~~ Mayortes mejor que se quede al cuidado de
Olimba, que no conviene que nos reconozcan. Id
presto.

(Sale CLODIO. DON DUARDOS se queda
(mirando el muro de la huerta. Puede
(entonar alguna oración de despedida.)
(Luego sale tambien.)

XXI
E S C E N A ~~XXI~~

=====

CAMARA DE FLERIDA. ES DE DIA.

FLERIDA permanece en silencio mirando
(por la ventana mientras ARTADA teje
(en el bastidor. Alza los ojos y vé
(que FLERIDA está llorando. Se levanta
(y va a su lado.)

ARTADA .- No os aflijais, mi señora, que todos van a notar
vuestra cuita por más que os esforceis en encubrirla
FLERIDA := ¿Que te dijo Constanza? ¿Cuando vuelve Julián?
ARTADA .- No lo sabe. Le mandaron a buscar cierta especie de
hierbas.
FLERIDA .- Repíteme ^{Artada,} las palabras que ~~me~~ dijo cuando ~~me~~ hablaste
con él el otro día, pues mi único consuelo es desahogarme
contigo.

ARTADA -- Ya os he dicho, señora, que nada conseguí que me descubriera y que se extrañó grandemente de mis dudas.

FLERIDA -- ¿Notaste ~~en~~ algo que se turbaba?

ARTADA -- En nada lo noté. O finge tan bien como habla, o es verdaderamente hijo de Constanza y Julián.

FLERIDA -- (Impetuosamente.)
¡Pues no puede ser!. ¡Yo no lo creo, Artada, ni lo creeré jamás aun cuando me lo jure!

ARTADA -- Tampoco yo. ¿Pero que ~~hemos de~~ ^{hemos de} hacer?

FLERIDA -- (Paseandose nerviosa por la estancia)
Si al menos volviera.

¡oh!
(Se asoma al balcón.)
¿No ves cómo ~~se~~ ha ~~dejado~~ ^{dejado} vacía y mustia la huerta ~~de la~~ ~~partida~~. Mirarla me da enojo y hasta ingrato se me hace el canto deleitoso de los pájaros.

(ARTADA, tras un suspiro, vuelve a su bordado. Pausa. Entra atolondradamente AMANDRIA.)

AMANDRIA -- (Agitadamente.)
Señora, vuestro padre el Emperador, os manda llamar pues quiere compartir con vos alegres nuevas. Bajad gprisa.

FLERIDA -- ¿Que es ello, Amandria? ¿Volvió acaso mi hermano?

~~¿Volvió?~~

AMANDRIA -- No vino él, sino un caballero desconocido que, según dicen, acaba de vencer a Camilote.

FLERIDA -- ¿Es posible? ^{Conquistó} ¿~~tuvo~~ la guirnalda?

AMANDRIA -- ~~está~~ ^{Si.} Está esperando audiencia de vuestro padre ~~con ella en la mano~~ ^{y la trae en la mano.}

FLERIDA -- ¿Que talle tiene? ¿Lo has visto?

AMANDRIA -- Apenas un momento, al pasar, cuando subía a llamarnos, pero me pareció ^{joven y} muy apuesto. ¿Os acordais, señora, del caballero aquel que combatió contra ~~un~~ ^{Primo alon} ~~en nombre de~~ ~~Gridonia?~~ Gridonia?

FLERIDA -- ¡Oh, sí!. ¿Cómo quieres que no me acuerde?
(Con un súbito presentimiento.)
¿Es que se le asemeja?

A MANDRIA -- ~~¿Acordais?~~ Verlo y acordarme de aquel ~~todo~~ ^{todo} fue uno.

ARTADA -- Vayamos ^{pronto,} señora, que ~~me~~ ardo en ansias de verlo.

FLERIDA -- (Soñadora.)
No hay tanta prisa. Traedme, por favor, el espejo que hoy apenas si me peiné y no quiero presentar una imagen indigna ^{de} tan meritorio caballero.

ARTADA .- (Al ver que FLERIDA sonrie complacida)
Su mayor mérito ha sido el de devolver la sonrisa
a vuestros labios.

(ARTADA trae un espejo y se lo pone
delante, mientras AMANDRIA la ayuda a
componerse el peinado.)

FLERIDA .- ¿Para quien será la guirnalda de rosas que no se
marchitan?

AMANDRIA .- ¿No os lo dice el espejo, mi señora?

E S C E N A ~~XXII~~

=====

TIENDAS DEL EMPERADOR PALMERIN. ES POR LA TARDE.

(POLINARDA, PALMERIN y caballeros.)
(Entra DON DUARDOS, armado enteramente
salvo las manos. Va a postrarse de hi-
jos ante el EMPERADOR.)

PALMERIN .- Alzaos del suelo. ¿Quien sois?

DON DUARDOS.- (Tras besar las manos del Emperador se
(alza.)

Soy extranjero y no conozco a nadie en esta tierra
pero, estando de paso en ella, oí referir la his-
toria de Camilote y quise atreverme a probar mis
armas contra las suyas.

PALMERIN .- ¿Sabiais que venció a tres de nuestros mejores
caballeros?

DON DUARDOS.- Tal me dijeron.

PALMERIN .- ¿Y eso no os desanimó en vuestro propósito?

DON DUARDOS.- Me dió mayor ardimiento pues jamás lo valioso se
alcanzó sin riesgo, ni la fortuna concede sus fa-
vores sino a los esforzados.

PALMERIN .- Razón teneis. ¿Os los concedió a vos?

DON DUARDOS.- (Mostrando la guirnalda de rosas.)

Aquí os ofrezco Majestad, la respuesta. Tomad esta
guirnalda de rosas que no se marchitan, con el rue-
go de que la pongais sobre la cabeza de la donce-
lla que más la merezca por su bondad y hermosura.

PALMERIN .- ¿Vencisteis, pues, a Camilote?

DON DUARDOS.- La fortuna me tuvo de su mano al poder alcanzarlo
cuando ya él estaba a punto de abandonar el campo.

Y tras la victoria, perseguí a Maimonda, que escapaba a más correr de su mula por un intrincado bosque y logré arrebatarle la guirnalda.

PALMERIN

.- Mucho me honra y maravilla, pues ya ninguno de mis caballeros osaba acercarse a él, encogidos por la fama de su extremada fiereza, y yo mismo estuve tentado de ir a desafiarme, porque mi corte no quedara con tal vergüenza, mas mi esposa Polinarda no me lo consintió.

DON DUARDOS

(A POLINARDA.)

Aceptad, pues, mi señora, la guirnalda de rosas y pensad que vuestro esposo la hubo para vos.

POLINARDA

.- Gran merced me haceis, pero no debeis ofenderos si la rehuso. Ahora mismo vendrán mi hija Flerida y sus doncellas, y vos mismo adjudicareis la guirnalda a la que os parezca más hermosa, que semejantes trofeos más convienen a la florida juventud que a una edad presidida por otros afanes y cuidados.

DON DUARDOS

.- No yo, señora, sino el Emperador, por su dignidad y sabiduría, es el llamado a juzgar quien la merece.

PALMERIN

.- Grave carga, en verdad, caballero, echais sobre mis hombres, que a ~~las~~ veces, en ^{asuntos que} ~~los~~ el hombre ~~que~~ mas cree conocer, suele errar o por perplejidad o por amor.

(Llega FLERIDA con AMANDRIA, ARTADA y otras doncellas. FLERIDA ricamente vestida y aderezada, resplandece de hermosura. Llega adonde está su padre se hinca de rodillas ante él y le besa la mano, no sin antes haber mirado de reojo a DON DUARDOS.)

FLERIDA

.- ¿Me llamabais, padre?.

PALMERIN

.- Sí, hija mía. Aquí teneis al caballero que venció a Camilote y ganó la guirnalda de rosas de Maimonda.

(DON DUARDOS y FLERIDA se miran de plano. El hace una reverencia.)

Ha puesto el trofeo en mi poder para que yo se lo adjudique a quien más me parezca merecerlo. Si ~~no~~ no fuérais mi hija, os lo concedería de grado ^{a vos,} no sólo porque me pareceis la más hermosa y buena de cuantas Dios ha criado, sino porque Camilote os maltrató con gran ultraje. Pero mucho temo que mi juicio esté ofuscado por las nubes de la pasión. Ruego,

pues, a este caballero y a cuantos aquí están, que apoyen con la suya mi elección, por si fuera engañosa.

(Los caballeros hablan entre sí.)

¿Qué pensais vos, Polendos ?.

POLENDOS

(Adelantandose.)

No hay ninguna, ¿Majestad, que ose contradecir vuestras razones, pues la hermosura y bondad de la infanta Flérída a las de ninguna doncella del mundo se igualan.

(A DON DUARDOS.)

¿Digo verdad, señor?.

DON DUARDOS

Decís, en efecto, gran verdad, que yo no ví a esta infanta sino ahora y, sin hacer ofensa a las grandes beldades que la acompañan, me declaro mudo de asombro ante ^{<el esplendor de} su presencia y su figura. ^{<desde ahora} Juzgo, que con todo derecho debe haber la guirnalda.

POLINARDA

Hija, Flérída, si ha de ser vuestra, preciad mucho a este caballero que os la ganó.

FLERIDA

(Dirigiéndose a DON DUARDOS.)

No creo merecer la guirnalda, señor, ^{mas} confieso ~~que~~ el orgullo ^{que me causa} ~~de~~ poseerla, ^{tanto que me confunde} ~~tan grande que me~~ ~~estento confusa~~ y no acierto a hallar ~~las~~ palabras ⁿⁱ ~~adecuadas~~ para alabar vuestro valor ^{<ni para} expresaros mi gratitud.

DON DUARDOS

Las que habeis ^{pronunciado} ~~hecho~~, princesa, enriquecen vuestra hermosura con el mérito de la discrección.

(Se hinca de rodillas ante ella y le toma las manos para besárselas. * FLERIDA mira hacia abajo y reconoce las manos de JULIAN en las de DON DUARDOS. (Se siente presa de un ligero desfallecimiento y él al notar lo, levanta los ojos hacia ella. Con audacia y en tono apasionado.

* los ojos iluminan sus manos entrelazadas

¿ Os sentís mal, dulce señora mia?.

(FLERIDA suelta una de sus manos y (se la lleva a la frente. ARTADA acusa (de a sujetarla.)

ARTADA

(Solícita.)

¿Qué os sucede?.

FLERIDA

Nada, un ligero mareo, son los vapores de la emoción, o tal vez de la vanidad.

(Mientras DON DUARDOS entrega la

(guirnalda al EMPERADOR para que la ponga en la cabeza de FLERIDA, aparte a ARTADA.)

¡Oh, Artada, eran las manos de Julián!. ¿Te has fijado?

ARTADA

.- ¿Cómo?. ¿Qué decís?. ¿Es posible que vuestro pertinaz amor por el hortelano os haga ver visiones, incluso en trance tan glorioso?

FLERIDA

.- No, Artada, no son visiones, te juro que eran sus manos, las reconocería entre miles.

(EL EMPERADOR ha descendido de su estrado, con la guirnalda en las manos. FLERIDA, aún turbada, se arrodilla y se deja coronar por él. Luego se alza y se aparta con sus doncellas que contemplan admirativamente la guirnalda y se agrupan en torno de FLERIDA, comentando.)

PALMERIN

(A DON DUARDOS.)

Mucho me preciaría de que os quedarais en mi corte.

DON DUARDOS

.- Sería para mí un inmerecido honor, pero me veo precisado a declinarlo, ya que antes debo cumplir otros empeños urgentes.

(FLERIDA desde lejos, está pendiente de sus palabras. Se miran.)

Os juro que vendré a serviros en cuanto me vea libre de ellos.

PALMERIN

.- Me contentaré con vuestra promesa si no hay otro remedio. Pero antes de que partais, ¿podría pedir os que os quiteis el yelmo para que nos veamos?

DON DUARDOS

.- Os pido, Majestad, que, por ahora, no queráis saber ~~de~~ de mi hacienda, ^{mas} de lo que ^{me es dado desvelar} ~~me es dado desvelar~~ y que no os enojeis si ~~me~~ me ~~descubre~~ cubro.

PALMERIN

.- ¿Ni aunque os lo pidiera mi hija?. Ven, Flérida, veamos si tus argumentos pueden mas que los míos.

FLERIDA

.- (ENérgica.)

Por merced, mi buen padre, no forceis a este valiente caballero a hacer cosa que sea contra su voluntad ni a mí a que se lo pida, que cuando ^{no} se ~~des~~ cubre, sus razones tendrá para ello y es de ley respetarlas.

DON DUARDOS

(Mirándola con agradecimiento.)

.- Si alguna duda albergara, infanta Flérida, de que vuestra hermosura corre parejas con vuestra claridad y discrección, ahora ya ^{quedarían} ~~quedarían~~ disipadas.

(Se arrodilla y le besa las manos.)

Llevad siempre, en mi nombre, la guirnalda de rosas que nadie merece sino vos y estad segura de que hasta que retorne, vuestra imagen ni un instante se apartará de mi corazón.

(Se levanta. A PALMERIN.)

Y ahora, noble señor, dadme licencia para retirarme.

PALMERIN .- Ya la teneis. Id con Dios, y que El os guie. Sólo os encarezco que volvais pronto, pues mi Corte precisa de caballeros como vos. Juradmelo por lo que mas querais.

DON DUARDOS .- Os lo juro por vuestra hija.)
(Sale DON DUARDOS. Todos le miran ir en religioso silencio.)

E S C E N A ~~XXII~~ XXIII

=====

PUERTO DE PESCADORES. ANOCHECER.

(DON DUARDOS está reclinado sobre el regazo de la infanta OLIMBA, al tiempo que acaricia, complacido, la cabeza del can MAYORTES, tendido a sus pies. También OLIMBA con una mezcla de unción y timidez, acaricia, de vez en cuando, el pelo de DON DUARDOS.)
(Larga pausa.)

OLIMBA .- ¿En que pensais, Don Duardos?

DON DUARDOS .- En que sois cruel conmigo.

OLIMBA .- ¿Cómo puedo serlo?. Vinisteis a tomar consejo y sería indigno de mí y de vos darósllo contra mi entendimiento. Si no os place, en vuestra mano está el no seguirlo.

DON DUARDOS .- Eso jamás, Olimba, que sois mi faro y mi guia.
¿Pero no considerais ^{que he hecho ya suficiente} ~~que he hecho ya bastante~~ méritos por el amor de Flérida?

OLIMBA := Vos sí, pero ella no. Y de su amor se trata, no del vuestro.

DON DUARDOS .- Comprended, os lo ruego, lo duro que se me hace volver ^{ahora} ~~mucho~~ a la huerta como hijo de Julián

OLIMBA .- ¿No habeis dicho ~~que me habia~~ notar cómo la copa encantada ^{operó} un efecto beneficioso ^{sobre} en ella?

DON DUARDOS .- Tal me parecía. Pero jamás ^{siendo hortelano} había descubierto en sus ojos ~~un rayo de~~ ^{el declarado} fulgor amoroso ^{< que despedían >} cuando le entregué hace unas horas la guirnalda de Maimonda.

OLIMBA .- ¿Pensais que os reconoció?

DON DUARDOS .- Taá vez, pero, aunque así fuera, ya nunca podrá amarme en ~~ninguna de mis~~ ^{mi disfraz.}

OLIMBA .- Bien pobre amor ^{juugo ese} que se ampara de tanta cautela y no sabe afrontar el riesgo de la duda.

DON DUARDOS .- No debierais juzgar sin conocerla.

OLIMBA .- Me basta con conoceros a vos. Y saber que los atributos de la caballería y de la alcurnia nada ponen ni quitan a vuestro ser, sobradamente amable de por sí.

DON DUARDOS .- ¡Que dulce sois conmigo, infanta Olimba!. La vida diera por escuchar esas mismas palabras de los labios de Flérida.

OLIMBA .- Nunca llegamos a poseer, don Duardos, sino aquello que perseguimos sin alcanzar a tocarlo. Vivid en el deseo de lo imposible, que no es otra la via. Tened fé.

DON DUARDOS .- < desde el punto y hora en que os vi > (Besando las manos de OLIMBA.)
De vos me vino, y por vuestra boca me torna. ~~cuanto bien me hace vuestra ayuda,~~ Jamás me ~~la~~ re-
^{vuestra ayuda, infanta.} gueis. ¡Si supierais con que ardor os invocaba en los trances de mayor desfallecimiento y peligro!

OLIMBA .- Lo sé bien, Don Duardos.

DON DUARDOS .- ¿Cómo ~~podéis~~ ^{podéis} saberlo?

OLIMBA .- Porque mi corazón ^{escuchaba} ~~escucha~~ desde lejos, el eco de vuestra llamada y de día y de noche velaba para ~~esperar~~ ^{que sintierais mi respuesta.}

DON DUARDOS .- Con vuestras palabras, señora, haceis renacer mi ^{valor} ~~espíritu~~ ante esta última prueba, pues ahora ^{ya} sé que ya no parto solo, sino con vos.

OLIMBA .- ^{¿Tornais,} ~~¿Tornais,~~ (Se levanta decidido.) pues, a la huerta?

DON DUARDOS .- Salgo hacia allá sin mas tardanza, y que la fortuna me sea propicia.

OLIMBA .- Jamás la fortuna dejó de plegarse ante la osadía. (Se quita el anillo que lleva en el dedo.)

Llevad a Flérida este anillo que era de mi madre. Y decidle que quien se lo envía estima que se de-

69
biera tener por la más bienandante doncella del mundo.

DON DUARDOS.- (Toma el anillo, lo besa y se lo guarda)
Se lo daré, ~~ya me lo daré~~ ^{aunque no sé cuando ni cómo, pues} ya sólo confío en lo imposible.
(Están frente a frente, se toman las manos.)

¿Volveremos a vernos, infanta?

OLIMBA.- ¡Que importa eso, con tal de que no me olvideis!

DON DUARDOS.- Olvidaros sería tan desatentado como olvidarme de mi propia historia, ~~que de ella y de mí mismo~~ ^{de la que} formais ~~una~~ ^{ya como de mí mismo.} parte. A vos os debo el rumbo que he seguido, igual que debe el suyo la saeta al tenso brazo del arquero.

OLIMBA.- Oh, Don Duardos, ¿qué pensaría Flérida si os oyera razonar así?.

DON DUARDOS.- Son razones, Olimba, que no entran en liza contra mi pasión, ni la alteran. Flérida es la diana: a ella voy, más de vos parto.

(Olimba, confusa, baja los ojos y retrocede unos pasos)

¿Que os sucede? Miradme como lo hacíais hace ~~un~~ ^{unos} instante^s.

(Le levanta la cabeza con dulzura, pero ella desvía la vista.)

Por amor de Dios, decidme, ¿os han ofendido mis palabras?

OLIMBA.- (Reaccionando) No, no; bien al contrario. Volad, pues, en buena hora hacia vuestra diana.

DON DUARDOS.- Oh dulce saetero, mi corazón no ~~partía~~ ^{partía'} con ligereza si no me prometeis guardarle siempre un lugar en el vuestro.

OLIMBA.- El que ya ocupais en él, Don Duardos, sólo a vos pertenece hasta la muerte. (Don Duardos se arrodilla a tomar su bendición y le besa las manos. Pausa. Olimba acaricia furtivamente sus cabellos, casi sin que él lo advierta. Tratando de dar firmeza a su desfallecimiento)

Mas idos, ^{yax} os lo ruego, que el sol está ~~en~~ a punto de ocultar sus resplandores.

DON DUARDOS.- (Se levanta y acaricia el lomo de Mayortes, que habrá permanecido junto a ellos a lo largo de toda la escena)

¿Sabeis, infanta, lo que me dijo el noble caballero - que me legó a Mayortes?

OLIMBA.- No. ¡Cómo lo puedo saber! ^{¡Morabais} ~~¿cómo~~ aún en Inglaterra?

DON DUARDOS.- Oh, sí. (Con nostalgia) ... era casi un niño. Me dijo que con él me legaba el símbolo de la fidelidad.

OLIMBA.- (Le acaricia también, y las manos de ambos se encuantran sobre el lomo del perro) No me sorprende, por lo mucho que, durante vuestra ausencia, se ha aficionado a mí.

DON DUARDOS.- (En una súbita inspiración, después de mirarla) Permittedme, infanta Olimba, que os lo deje en prenda, pues ya es más vuestro que mío y jamás merecí ser su dueño como lo mereceis vos.

OLIMBA.- (Emocionada) No sé si eso será cierto, pero sí ~~quiero~~ que no me podeis dejar prenda que mejor me acomode.

DON DUARDOS.- Procurad, sólo, que salga alguna vez de caza, pues mucho le place.

OLIMBA.- Descuidad, Don Duardos, que Belagrís se ocupará de eso y nada le faltará. Id con Dios.

DON DUARDOS.- (Avanza lentamente hacia el lateral derecha, como si - le costara arrancar de la escena) Quedad vos con El.

OLIMBA.- ¡Invocadme siempre en vuestras zozobras, como solíais!
(Don Duardos asiente en silencio. Olimba agita la mano y él responde, sacando un pañuelo, en señal de adios. Luego desaparece.

(Olimba cuando Don Duardos se ha ido, se arrodilla junto a Mayortes y le besa apasionadamente en el cuello. Rompe a sollozar, abrazada a él.)

71
ESCENA XXIV

=====

Huerta de Flérida. Es de noche y brillan las estrellas y la luna. Al principio, la escena está desierta. Luego sale Don Duardos sigilosamente de la casa de los hortelanos y se queda en el umbral, mirando hacia la fachada del palacio. A poco, sale tras él Constanza, en ropa de dormir.

CONSTANZA.- ¿Ni siquiera hoy recién llegado de tan lejos, te vence el sueño?

DON DUARDOS.- Mejor no acosarlo, madre, ya me vencerá. Es una victoria la suya que ni fuerza ni temo. Os ruego que no os cuideis de mí, pues estoy bien.

CONSTANZA.- Ojalá digas verdad. Mucho te hemos ebhado ^{du} falta durante tu ausencia.

DON DUARDOS.- Yo también deseaba regresar.

CONSTANZA.- ¿Te dije que la infanta Flérida me preguntó repetidamente por tí y mucho se cuidaba de tu paradero?

DON DUARDOS.- Si, madre, antes me lo dijisteis. (La besa en la frente). Ea, voy a dar un paseo por la huerta. Andad vos a dormir.

CONSTANZA.- Bienvenido, hijo, y buenas noches.

(Se entra Constanza y se apaga la luz de casa de los hortelanos. Don Duardos se pone a pasear por la huerta y llega debajo del balcón que corresponde a la cámara de Artada. Tras una vacilación, coge un puñado de gravilla y lo lanza contra el cristal de la ventana. A poco, se asoma Artada, con gesto de sobre salto).

ARTADA.- (Inclinándose sobre el alféizar de la ventana) ¿Quién anda ahí? (Reconociéndolo, con alegría) ¡Ah, pero si es Julián!

DON DUARDOS.- ¿Dormíais?

ARTADA.- No, aún no. Dime, Julian, ¿por dónde has andado? , ¿cuando tornaste? , ¿qué tal te fue?

D.DUARDOS.- Por el mundo; hace una hora y bien.

ARTADA.- Rápido contestar. ¿Sabes que en tu ausencia un caballero desconocido venció a Camilote?

D.DUARDOS: Lo sé. Mas contestadme vos a vuestra vez: ¿Duerme vuestra señora Flérida?

ARTADA.- Amandria la está ahora desvistiendo.

D.DUARDOS: Que la vuelva a vestir y que baje al punto. He de verla y hablarla sin más testigos que las estrellas. ~~Entrad~~

ARTADA.- (Sorprendida) y alterada) ¿A estas horas? ¿Estás loco?

D.DUARDOS. Imagino que sí.

ARTADA.- No consentirá.

D.DUARDOS.- Entrad a decírselo. Es ella quien tiene que responder y no vos.

ARTADA.- ¿Dónde hallaste esa tamaña osadía?

D.DUARDOS.- En el templo del Amor, sobre el altar.

ARTADA.- (Santiguándose) Dios me valga... ¿no será, más bien, el diablo quien te la insufló?

D.DUARDOS.- (Impaciente) ¡Basta de vanas pláticas! Entrad a llevar mi recado a Flérida sin demora, que aquí quedo esperando la respuesta, decidle que ~~la espero~~ ^{estare} bajo el manzano y que debe bajar sin compañía.

Si acepta, basta con que os asoméis y agiteis un pañuelo.

ARTADA.- (Haciendo una reverencia que pretende ser buresca) A las órdenes de tan alto mandatario. ¿Quien ~~siga~~ ^{he de decir} que la espera?

D.DUARDOS.- (Tras una vacilación, desafiante) ¡Julian, el hortelano!

(Se entra Artada y cierra el balcón. Don Duardos queda paseándose por la huerta arriba y abajo.)

ESCENA XXV.-

Don Duardos

~~Indica~~ detiene sus paseos por la huerta , se deja caer contra el tronco del manzano y gime con la cabeza oculta entre los brazos.

DON DUARDOS.- ¡Olimba! ¡Olimba, ^{vale d' me} ~~ese~~ ^{y me consume la calentura} mi corazón desfallece ^{Sólo} quisiera dormir con vuestras manos sobre mi frente.
(Se acuesta sobre el prado. Un haz de luz de luna le da en la cara, cierra los ojos.)

(Empieza a oirse una música lejana que, poco a poco se va aproximando y tomando consistencia. Don Duardos no se mueve ni parece escucharla. Los focos ~~il~~uminarán, al fondo, un camino brillante, como hecho con rayos de luna, por el que desciende Olimba con el rostro muy pálido y vestida de ^{de} ~~un~~ ropaje extraño y muy vaporoso. La siguen ~~Belagrís~~ ^{Belagrís} portando Belagrís , Mosderín y Clodio, éste último ~~con~~ un ~~gran~~ hatillo. Olimba avanza con paso ingrávido y rítmico hacia el manzano y se arrodilla junto a D.Duardos, que continúa con los ojos cerrados. Le coge por los hombros y le incorpora. Alza los ojos hacia sus compañeros, que acaban de aproximarse también, y , con un dedo en los labios, les hace señal de que no hagan ruido. Clodio abre solemnemente el hatillo y saca una ropa ~~mu~~ muy rica de seda, labrada con flores de oro y piedras preciosas. Entre Belagrís y Mosderín incorporan a D. Duardos y Clodio les va pasando ^{las} ~~las~~ piezas de ropa , Olimba, mientras Mosderín y Belagrís visten a Don Duardos, cubriendo su disfraz de hortelano, retrocede unos pasos, como para mirar mejor el efecto. Ellos la ~~mira~~ consultan con la vista, ^{la cada momento} ~~pendientes~~ de sus señas de ^{rectificación o} aprobación. Don Duardos, sin que quede en ningún momento claro si está despierto o dormido, se ~~vixt~~ deja hacer sumisamente, como hipnotizado. La música debe ir marcando , con sus quiebros, los movi-

mientos , un poco de pantomima, que jalonan toda la escena, y los ademanes, rápidos y seguros, de Mosderín y Belagrís poniendo las prendas sobre el cuerpo de Don Duardos, así como los de Clodio, a medida que les va tirando por el aire dichas prendas para que ellos las recojan.

Al final, cuando D.Duardos ya está vestido de príncipe, Olimba se acerca, le arregla cuidadosamente algunos pliegues, le alisa el cabello y luego, entre los cuatro, lo levantan y lo depositan sobre la hierba como a un muñeco, le colocan los brazos y las piernas en una postura armoniosa y se quedan mirando unos instantes el resultado con gestos de aprobación.

Olimba se arrodilla junto a él y deposita un beso sobre su frente.)

OLIMBA.- Vivamos en el deseo de lo imposible, Don Duardos.

(El balcón de la cámara de Flérída ^{/se ilumina,} se abre y se asoma a él Artada , saca un ~~pañuelo~~ pañuelo blanco y lo agita en la oscuridad, sin mirar si alguien recoge o no el mensaje, hierática y solemne. Permanece unos instantes ~~xxx~~ agitando lentamente el pañuelo, como si cumpliera un ritual. Luego se entra , cierra el balcón y la luz de la cámara se apaga. *Mientras esto*

ocurría, el grupo en torno a Don Duardos se ha inmobilizado. Ahora Olimba ~~se levanta~~, tras haber besado las manos de Don

Duardos, se levanta, se une a sus compañeros y los cuatro ^{siguiendo} juntos, ella en cabeza, desaparecen ~~por~~ el camino luminoso por donde habían venido. La música va haciéndose cada vez más tenue, hasta que cesa.)

VOZ DE OLIMBA (dentro) ... En el deseo de lo imposible, pues no es otra la vía.
Aparece, a la puerta del palacio, Flérída, seguida de Artada. Trae en la cabeza la corona de rosas de Maimonda y viste una túnica brillante. Se detienen.

FLÉRIDA.- (Volviéndose a Artada.) Te he dicho que te entres.

ARTADA.- (Mirando en torno) No se le vé.

FLÉRIDA.- *<¿y a ti qué se te da?>* Yo sabré buscarlo, déjame, ~~quiero verla a celas~~

ARTADA.- Os digo que os acaecerá lo mismo que a la reina Grimana, vuestra abuela.

FLERIDA.- (Impaciente) ¡Oh, no seas enfadosa! Yo sola me basto para velarme.

ARTADA.- No os demoreis mucho tiempo.

FLÉRIDA.- (Firme) El que sea preciso para dar holganza a mi corazón. (Al ver que Artada no se mueve) ¡Basta! ¿Quieres irte en buen hora!?

(Artada, tras una vacilación, se entra en palacio. Flerida avanza exaltada y temerosa, escudriñando la huerta a la luz de la luna. Descubre a Don Duardos tendido en la hierba junto al manzano. Se acerca, se arrodilla a su lado.)

FLÉRIDA.- (En voz baja y tímida) Julian... (Mirándole arrobada) ¡Oh, amor de los amores, qué hermoso está cuando duerme! (Tocándole la manga del vestido) ¡Y qué ricas ropas! (Más alto) Julian, Julian... despierta... (Le toma una mano y se la besa)

D.DUARDOS.- (Abriendo los ojos) ¿Qué ha ocurrido? (Se incorpora y mira a Flérída con ojos de incomprensión)

FLÉRIDA.- Nada, ~~Julian~~ mi dulce amigo, sino que estoy aquí ... (Reparando en sus ojos extraviados) Soy Flérída, ¿no me llamas? ~~llamas~~

D.DUARDOS.- ¡Oh si, siempre os llamo, mi señora, desde que os conocí, sin cesar... ^{<Solo que...} ~~me~~ me parece imposible.

FLERIDA.- (Mirándole arrobada) A mí también. Pero vivamos, Julian, en el deseo de lo imposible.

D.DUARDOS.- Tengo miedo de seguir soñando... Es que ¿sabeis?, soñé... (Se mira, desconcertado, las ropas)... que yo no era yo...

FLERIDA.- ¿Y quien, si no ?

D.DUARDOS.- El afortunado caballero que ganó para vos esa guirnalda que tanto os embellece.

FLERIDA.- (Apasionada) Oh, si, fuiste tú, Julian, lo sabía. Tú con esas manos que tanto he añorado y que al fin puedo besar a mi sabor. *has conocido entre miles.*

D.DUARDOS.- Creadas fueron para acariciaros, aunque no dignas de ello.
(Empieza a acariciarla dulcemente el cabello, el rostro y luego el cuerpo, al tiempo que la atrae hacia sí) Mi hermosa Flérida...

FLERIDA.- (Separándose) ¡Oh manos tan atrevidas para el amor como para la lanza!, desde el punto y hora en que os ví, conocí que no érais de villano, pues tanto como sobre el brocado ahora, lucíais antes sobre la estameña, y aún más.
(Se besan y acarician apoyados contra el tronco del manzano)

D.DUARDOS.- (Con resolución) Desposémonos, Flérida, es el momento.

FLÉRIDA.- ¿Ahora?

D.DUARDOS.- Si, ^{ahora,} sin más testigos que la luna. (Saca el anillo de Olimba y se lo pone solemnemente. Flérida ^{el anillo} mira como hechizada.) ¿Os gustaría vivir en Inglaterra?
Huyamos.

FLÉRIDA.- ¿En Inglaterra?

D.DUARDOS.- Si, porque yo me llamo.,...

FLERIDA.- (Tapándole la boca con la mano) Calla, Julian, no lo quiero saber, pues, aunque fueras hijo del más alto rey de la tierra, no quiero otro nombre para tí que aquel por el cual te conocí y amé, el que tantas veces he pronunciado llorando: Julian, Julian, Julian...

(Se besan)

D.DUARDOS.- Partamos, mi dulce señora, sin más despedirnos de nadie, antes de que el alba nos despierte de este sueño.

FLERIDA.- Nadie logrará despertarnos de él, ^{estando} ~~estando~~ juntos movemos todo el poder de la tierra.

(Se abrazan estrechamente. Dentro se oye una música de laúd. Artáda, dentro, canta :

"Contra el amor y fortuna
no hay defensión ninguna".)

Oscuro.

Puerto de pescadores. A lo lejos una *galera* en la que van Don Duardos y Flérída. En la orilla, mirándolos alejarse, Olimba y Mayortes.

Se oye la voz del narrador...

...En el mes era de abril
de mayo antes un día,
cuando los lirios y rosas
muestran más su alegría,
en la noche más serena
que el cielo hacer podía,
cuando la hermosa infanta
Flérída ya se partía
y en la huerta de su padre
a los árboles decía:

VOZ DE FLÉRIDA.

Quedaos adios , mis flores,
mi gloria que ser solía;
voyme a tierras extranjeras,
pues ventura allá me guía.
Si mi padre me buscare,
que grande bien me quería,
digan que el amor me lleva,
que no fue la culpa mía:
tal tema tomó conmigo
que me venció su porfía.

Narrador: Allí hablara Don Duardos:

VOZ DE D.DUARDOS:

No me lloreis, mi alegría,
que en los reinos de Inglaterra
más claras aguas había
y más hermosos jardines,
y vuestros, señora mía.
Tendreis trescientas doncellas
de alta genealogía;
de plata son los palacios
para vuestra señoría,
de esmeraldas y jacintos,
de oro fino de Turquía
con letreros esmaltados
que cuentan la vida mía,

78

cuentan los vivos dolores
que me disteis aquel día
cuando con Primaleon
fuertemente combatía.
¡Señora, vos me matasteis,
que yo a él no lo temía!

Narrador: Sus lágrimas consolaba
Flérida, que tal oía.
Fueronse a las galeras
que Don Duardos tenía:
cincuenta eran por cuenta;
todas van en compañía.
Al son de sus dulces remos
la princesa se adormía
en brazos de Don Duardos
que bien le pertenecía.

OLIMBA.

(Volviéndose hacia el público, seguida de Mayortes)

Sepan cuantos son nacidos
aquesta sentencia mía:
contra la muerte y amor
nadie hay que tenga valía.

FIN.

En junio de 1978, la Dirección General de Teatro -que corría entonces a cargo de Rafael Pérez Sierra- me encargó una versión de la tragicomedia de Gil Vicente "Don Duardos" para el C. N. I. N. A. T. , grupo dirigido por José María Morera y que trata de iniciar al niño y al adolescente en la afición al teatro. La tragicomedia (escrita en la primera mitad del siglo XVI) les había parecido, por la pureza , poesía e ingeniería de su trama amorosa, muy adecuada para incluirla en el elenco del C. N. I. N. A. T. , pero pensaban que sería conveniente hacer una adaptación del texto original.

En la primera conversación que mantuve con Pérez Sierra y Morera , a quienes antes de este encargo no conocía, les expuse mis reservas. Yo una adaptación teatral de un clásico no la había hecho en mi vida, pero eso sería lo de menos , porque nunca me ha asustado , sino por el contrario estimulado, emprender trabajos nuevos: el quid de la cuestión estribaba en entender el tipo de adaptación que me pedían y en vencer la desconfianza que me inspiran , en general, las llamadas versiones "libres", donde se da por hecho que vale todo, como en el rugby. Les dije la verdad: que yo el Don Duardos no lo había vuelto a leer desde mis años de estudiante y que, aunque entonces me había parecido una maravilla tal como estaba, necesitaba no sólo releerlo -como es obvio- , sino consultar bibliografía sobre el tema y la ~~época~~ época para atisbar el sesgo que podría tomar mi posible versión ; les adelanté que a lo que, desde luego, no estaba dispuesta era a enmendarle la plana a Gil Vicente así por las buenas y a tener de mi puro capricho. Se mostraron totalmente de acuerdo y les pedí un plazo para poderles dar una contestación.

Una cuidadosa relectura del texto de Gil Vicente me hizo rectificar , en algunos aspectos, mi juicio entusiasta y la idea que tenía acerca de la validez de la obra presentada sin más enmiendas pa-

ra el público de hoy. A pesar de que la magia y la armonía de la palabra poética de Gil Vicente sigue conservando toda su eficacia, sobre todo cuando traduce sentimientos ~~apasionados~~, lo que me parece embarullado, incompleto y mal expuesto son los motivos determinantes de la situación ~~apasionada~~ que culmina en el encadenamiento amoroso de Flérida y Don Duardos y les lleva a quejarse en bellos versos. Es decir, falla la trama argumental, plagada de lagunas y de alusiones incomprensibles. Hay muchos episodios confusos a los que parecen faltarle piezas o estar mal colocados y algunos personajes quedan sin justificar ni desarrollar debidamente.

Ya en la escena que sirve de arranque a la obra no quedan nada claras las razones por las cuales Don Duardos desfiá a Primaleón, hijo del Emperador de Constantinopla; y los nombres de Perequín y Gridonia, que se barajan en el parlamento con el que Don Duardos pretende justificar su irrupción, nada le explican al lector de hoy ni sirven más que para sembrar en él una perplejidad insatisfecha, ya que luego nunca se vuelven a mencionar. Mucho peor es lo que ocurre con la infanta Olimba que, a pesar de su fundamental importancia en la historia, sólo aparece al principio en una escena breve, sin más preámbulo que una leve acotación donde se ~~dice~~ *dice*: "Vanse todos y entran la infanta Olimba y Don Duardos". Nada se dice en esta escena acerca de los lazos que unen a ~~estos~~ *los* ~~dos~~ *caludidos,* personajes, ni de qué se conocen; simplemente ella le aconseja que se disfrace de ~~hortelano~~ hortelano para conseguir el amor de Flérida y le entrega una copa encantada, en la cual debe procurar que la princesa beba. En cambio, la escena del caballero grotesco Camilote, cuando llega a la corte de Palmerín con su dama Maimonda, peca de excesivamente larga, distrae de la trama principal y, por su colocación en la obra, resulta un tanto intempestiva.

Todo esto ya me saltó a la vista en ~~mi~~ esa primera relectura, pero no quise meterme a ordenar el material de otra manera ni a sa-

carne de la manga soluciones que solventaran esos y otros entorpecimientos hasta no acudir a la fuente que había servido de inspiración a Gil Vicente para su tragicomedia: una novela de caballerías, integrante del segundo libro de la familia de los Palmerines, ^{titulada} ~~titulada~~ "Primaleón", y que casi nadie conoce hoy porque no existen ediciones modernas de ella.

Y aquí conviene hacer una pequeña digresión erudita que atañe más a la historia de la Literatura que a mi labor de adaptadora. Los autos caballerescos de Gil Vicente, como ha estudiado muy acertadamente Eugenio Asensio, proceden en gran parte de los "momos", mascaradas aristocráticas que florecieron en Castilla desde los días de Juan II y alcanzaron su esplendor en Portugal, durante el reinado de Manuel I. Eran fiestas cortesanas donde intervenían como enmascarados desde los más altos dignatarios de la corte hasta los pajes; en la tramoya se desplegaba tanta inventiva como lujo en el vestuario, se representaban ordinariamente en un gran salón de palacio, durante la cena, y se remataban con danzas. Si bien lo esencial era ~~el~~ ~~ritmo~~ la música, la danza y la vistosidad de los decorados, joyas y atuendos, es decir su carácter de fiesta, los "momos" se apoyaban sobre un rudimentario argumento. Estos argumentos, materializados en una sucesión de cuadros plásticos con ilustraciones poéticas o musicales, solían exaltar la aventura y las hazañas maravillosas y ~~se~~ arriesgadas al servicio del amor y de la justicia. En definitiva, se trataba de temas tomados del mundo caballeresco, totalmente en boga desde hacia ~~las~~ centurias.

De tales espectáculos, que ya contenían un germen de pieza teatral, se aprovechó Gil Vicente ~~para~~ tanto para sus primeras revistas poéticas, menos ambiciosas, como para algunos de sus dramas más elaborados. Pero lo que conviene destacar para nuestro propósito es que se representaban en la corte y que los cortesanos, tal vez porque

se estaba aludiendo a episodios de ficciones contemporáneas, cuyos detalles conocían de sobra, le daban más importancia a la poesía, la mímica y el acompañamiento musical ~~musical~~ (es decir a lo que les entra ^{lógica} ~~ba~~ por los ojos) que a la ~~estructura~~ interna de la historia.

Previamente en la corte de Manuel I, casado con una hija de los Reyes Católicos, se representaron varias obras de Gil Vicente, algunas escritas expresamente en castellano para que pudiera entenderlas la reina. ¿Y no es más que probable que en esta corte -como en otra cualquiera de las del tiempo- fueran de lectura corriente los libros de caballerías, cuya materia narrativa había de inspirar ~~muchas~~ ^{algunas} farsas ~~vicentinas~~ vicentinas? Esto explica que Gil Vicente, obedeciendo a la pauta usual de los "momos", desatendiera, en nombre del montaje y la presentación escénica, la discutible sorpresa argumental implícita en una materia narrativa que rodaba por la Península hacía siglos y que por primera vez se canalizaba hacia el teatro. Concretamente ^{su} labor ~~de~~ en el "Don Duardos", tomado íntegramente de un episodio del Primaleón, fue la de cortar, la de simplificar, la de crear de nuevo, sin preocuparse demasiado de la motivación de las conductas ni de la entidad de unos personajes cuya coherencia descuidaba ~~en absoluto~~ ^{a cambio} de acentuar el encanto poético de la expresión, tal como requerían los gustos del público a quien la pieza iba dirigida.

Tuve la suerte de encontrar en La Biblioteca Nacional de Madrid, en la sección de Manuscritos, un ejemplar de la primera edición del Primaleón, fechada en Salamanca en 1512 y me pasé casi dos meses leyendo y anotando este frondoso, divertido y dislocado libro, deteniéndome sobre todo en los capítulos protagonizados por Don Duardos, príncipe de Inglaterra, de entre los ~~que~~ ^{que} cuales, a su vez, Gil Vicente había escogido el de su lucha contra Primaleón y su amor por ^{< Flérida >} ~~su~~ hermana de éste, ~~la princesa Flérida~~. Me quedé abrumada del material que allí había. Tanto ~~que~~ ^{que} no sólo quedaban zanjadas mis dudas acer-

ca de las lagunas dejadas por Gil Vicente en su tragicomedia, sino que ahora que había completado sobradamente la historia y que estaba enterada, además, de muchas más cosas y todas tan pintorescas, mágicas y apasionantes como las que habían llamado la atención del dramaturgo hispano-portugués, el problema estaba -incluso sin salirme de los límites de la selección hecha por él- en acertar a hacer lo mismo que él había hecho: es decir, ~~a ^X ~~extraer y simplificar, cortar y simplificar,~~~~
< a destacar determinados pasajes, simplificando otros; en definitiva
> ~~unos pasajes resaltando otros, ^X ~~eliminar~~~~ a elegir, ~~ya~~ crear de nuevo.

Me estimulaba bastante, para decir la verdad, ~~laxitud~~ ^{pensar} que estaba llevando a cabo, salvando las distancias de época y de categoría, una labor de "re-creación" muy similar a la suya, y hasta me daba por imaginar que aquel mismo ejemplar del Primaleón, con grabados de torneos orlando las letras mayúsculas, ~~que~~ estaba manejando ~~+~~ pudiera haber sido el que tuvo entre las manos Gil Vicente, mientras le daba vueltas a la manera de convertir en materia teatral aquel episodio del príncipe disfrazado de hortelano. Al principio me pareció una enorme ventaja, que Gil Vicente no había tenido, la de contar, además con su versión teatral, de la que estaba decidida a aprovechar todo lo mejor. ~~laxitud~~ más sustancial y ~~mejor~~ Pero esto, según fui viendo luego, no dejaba de enredar más las cosas y plantearme graves dificultades; porque se trataba de conseguir un espectáculo interesante y comprensible para el público de hoy, sin dejar de mantener fidelidad a dos textos bastante dispares, uno de los cuales me atraía por su riqueza narrativa y otro por su potencia poética.

La primera decisión que tomé, y no a la ligera, fue la de emplear la prosa, respetando los versos mejores de Gil Vicente para los parlamentos y soliloquios amorosos. Y esto por la razón principal de que yo no soy poeta y, ~~me~~ viéndome precisada, como me veía, a añadir algunas escenas nuevas, me era mucho ~~más difícil~~ ^{menos difícil} construir sus diálogos inspirándome en la prosa caballeresca del Primaleón ~~que~~ (y sin que el estilo de la mía desmereciera demasiado) que soñar con que me ~~saliera~~ ^{iba a} salir un sólo verso tan bueno como los de Gil Vicente, cuyas expresiones

más felices si me consideraba capacitada, en cambio, para verter en una prosa de cierta calidad, conservando su eficacia.

Otro artificio al que tuve que recurrir fue al de inventar un nuevo personaje: el del narrador, introducido como elemento-puente entre lo teatral y lo ~~narrativo~~ ^{novelístico}. Muchas de las aventuras que preceden al combate inicial de Don Duardos contra Primaleón -y que me parecen fundamentales para el entendimiento de la trama- ni quería silenciarlas ni se podían escenificar. Y no sólo por la longitud desmesurada que, de haberlo hecho, habría llegado a alcanzar la pieza, sino porque algunas, como el encuentro de Gridonia con el león ~~o~~ la conversión ~~de unos~~ ^{en} ~~los~~ ^{<son episodios que} ~~hermanos~~ de Olimba, pertenecen al mundo de lo prodigioso y, por tanto, de lo irrepresentable. ~~Siglosamente~~ En estos parlamentos del narrador creo haber logrado la prosa más depurada de toda la versión, pero también es verdad que pueden resultar poco teatrales y estorbar un poco a la fluidez dramática. ~~En~~ En cuanto a las escenas nuevas que he introducido, que son ~~cierto~~ ^{cierto}, he procurado que ni se despeguen del ambiente y lenguaje de las demás ni traicionen el argumento.

Creo que quien ha salido más beneficiada de mi versión ha sido la infanta Olimba, desdibujado comparsa en la obra de Gil Vicente, pero personaje plagado de sugerencias en el Primaleón, de donde lo he resucitado. Olimba, en mi versión, pasa de ser el mediador amoroso neutro, que se limita a ofrecer a Don Duardos la copa encantada para que consiga el amor de Flérida, a erigirse ella misma en segundo protagonista amoroso femenino, que ofrece el remedio a las cuitas del ser amado a ~~costa~~ ^{<al amor} de sacrificar su propio derecho; a la vez puntal y víctima de la felicidad que propicia. Olimba crea un ~~pontrapunto~~ ^{pontrapunto} de desgarró frente a la ingenuidad de Flérida, a quien gana en hondura y ~~humanidad~~ ^{humanidad}.

^{<he dado más trabajo ha sido intentar}
Lo que ~~me~~ ^{me} ~~procurado~~ mantener en toda su pureza y frescura el ambiente de la huerta y ese peculiar halo de irrealidad que nimbaba las figuras vicentinas. Y he puesto el acento, como también

Gil Vicente lo hizo, en el asunto del disfraz de Don Duardos, trasunto de un ~~tema muy importante~~ tema muy importante en los albores del Renacimiento: la lucha del hombre por conquistar una identidad individual y ser apreciado por sí mismo y en nombre de los atributos de su alcurnia, clave fundamental de esta tragicomedia. Un tema, por cierto, que procede de los más antiguos cuentos de hadas y que, siglos más tarde, recogería y ampliaría el Romanticismo.

Si de algo se me puede acusar -y acepto de antemano la acusación- es de ser, ante todo, narradora. Pero esto ya se lo advertí, en su día a quienes me encargaron la versión y para los cuales, por lo mucho que he disfrutado haciéndola, no puedo tener más que palabras de agradecimiento. Pienso que un erudito en la materia podría haber trabajado más correctamente, pero tal vez a costa de mutilar o volver más aséptico ese mundo de magia y maravilla, de no beber el filtro que a mí me mantuvo encandilada durante la lectura del Primaleon y cuya embriaguez he intentado transmitir a las invenciones de mi texto.

Mi reelaboración del "Don Duardos" se estrenó en la plaza de San Carlos del Valle (provincia de Ciudad Real) el primer día de otoño de 1979, y una semana más tarde en la iglesia de San Agustín de Almagro, durante el Festival de Teatro Clásico de septiembre.

José María Morera, a cuyo cargo corrió la dirección, creyó oportuno sustituir la escena de Camilote y Maimonda por una mera mención a ellos y convertir en una sola a las dos doncellas de Flérida, con lo cual la función no resultaba tan larga y los actores, de dieciseis quedaban reducidos a trece. ~~El reparto fue el siguiente:~~

~~Don Duardos - Emilio Gutiérrez Caba
Palmerín - Guillermo Marín~~

El reparto fue el siguiente: (al dorso)

Narrador Manuel Angel Egea.
Olimba Ana María Barbany.
Mosderín:..... Jesús Cracio.
Belagrís José María Barbero.
Don Duardos Emilio Gutiérrez Caba.
Clodio José María Pou.
Palmerín de Inglaterra... Guillermo Marín.
Primaleón Ramón Pons.
Flérida.....Carmen Belloch.
PolinardaAsunción Balaguer.
Artada Margot Cottens.
Julian Felix Navarro.
CostanzaSonsoles Benedicto.